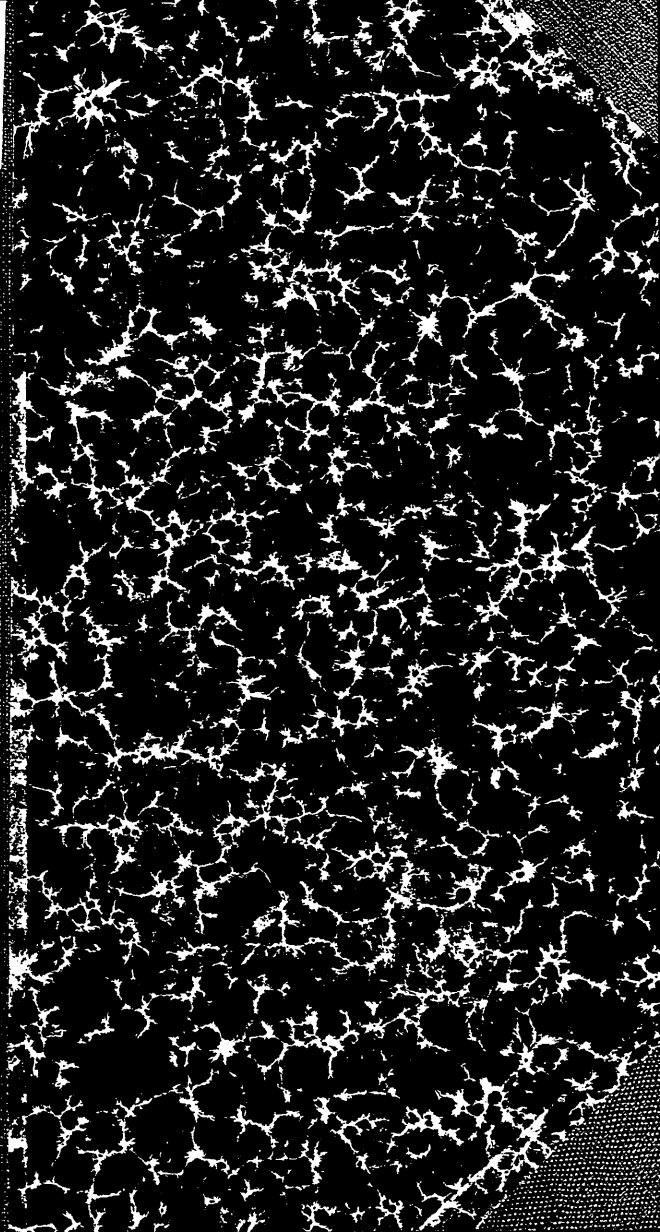


1425
N3



hist

The University of Chicago
Libraries





JUAN C. VARETTO

HOSTILIDAD DEL CLERO A LA INDEPENDENCIA AMERICANA



...Pues por haberme suprimido, usted, el "San" de mi apellido, yo le suprimo el "Za" del suyo. Desde hoy su nombre será "Padre Pata".... (Ver página 81).

JUAN C. VARETTO

**HOSTILIDAD DEL CLERO
A LA
INDEPENDENCIA AMERICANA**



per.

1922

IMPRENTA METODISTA, JUNIN 976

BUENOS AIRES

VIDEO UNIT
TO VIDEO

230A801 000000

BX1426

.V3

CONTENIDO

CAPITULO PRIMERO

En las invasiones inglesas.—Hostilidad del obispo Lue a los patriotas.—Actitud del clero rioplatense. — El obispo Orellana.—El clero de Salta y Cuyo.—El arzobispo de Charcas.

CAPITULO SEGUNDO

La tenaz oposición del obispo de Santiago de Chile.—Hostilidad del obispo de Concepción. — Actitud del clero en Chile.—El clero celebra el triunfo realista de Rancagua.—O'Higgins y San Martín frente a la hostilidad clerical.—El cura Zapata.

CAPITULO TERCERO

El arzobispo Las Heras y el general San Martín.—El obispo Orihuela y sus ataques a los patriotas. — Prisión del obispo Marfil y hostilidad de varios prelados más.—Una pastoral injuriosa.

CAPITULO CUARTO

Oposición clerical en toda Venezuela. — El terremoto de 1812. — El arzobispo y el clero de Bogotá condena la revolución. — En el obispado de Quito. — Extracto de sermones antipatrióticos.

CAPITULO QUINTO

El Vaticano y los potentados. — La bula del papa Pío VII contra la Independencia Americana. — La bula del papa León XII en el mismo sentido: su autenticidad. — Texto íntegro de la misma. — Efectos producidos por la actitud hostil del Pontificado.

CAPITULO SEXTO

El Catolicismo en Méjico. — El Episcopado condena al cura Hidalgo. — Hostilidad de los obispos de Puebla, Ojaca y Guadalajara. — La Inquisición de Méjico contra los patriotas. — Diversas manifestaciones de los elementos clericales. — Condena del cura Morales.

PREFACIO

Con motivo de todos los aniversarios patrios, desde el púlpito, y desde las columnas de la prensa adicta al Catolicismo, se habla sobre la actuación del clero en la lucha por la emancipación sudamericana, en forma tal que las personas que no han estudiado detenidamente este detalle de nuestra historia, quedan bajo la impresión errónea de que el clero fué uno de los factores principales en esta obra de progreso y de justicia.

¡Nada más contrario a la realidad histórica!

Que hubo clérigos patriotas que pusieron al servicio de la causa americana todo lo que personalmente valían, así como toda la influencia de su ministerio, es lo que estamos muy lejos de negar, pues hubiera resultado realmente monstruoso que, entre tantos miles de curas y monjes no hubiese una minoría de hombres capaces de abrigar nobles ideales, y sobre todo un poco de amor a la tierra de su nacimiento; pero que este núcleo de sacerdotes, que merece toda

nuestra admiración y gratitud de americanos, haya influído tanto como tan rotundamente se afirma, es históricamente incierto y podemos, sin temor de caer en exageraciones injustas e innecesarias, afirmar con don Diego Barros Arana,—quien sin duda sabía algo de historia americana,—que “el fanatismo religioso de las poblaciones, sostenido y alimentado por un clero numeroso que creía vinculado su prestigio y su influencia al mantenimiento del régimen colonial, puso más obstáculos al triunfo de la revolución que todo el poder de Fernando VII.” (1).

Si hubo clérigos patriotas no fué porque encontrarán para serlo un ambiente favorable en el seno de la iglesia en que militaban, a tal punto que aun monseñor Agustín Piaggio se ve en la necesidad de admitir que los sacerdotes patriotas “además de tener que luchar contra la ignorancia, rutina y apatía de los pueblos, tenían que luchar contra la influen-

(1) Revista Chilena. Año 1875. pag. 49.

cia poderosísima de sus colegas y aun de sus prelados." (1).

La Iglesia Papal, como tal, fué contraria a la emancipación de los pueblos del nuevo mundo, como lo atestiguan las pastorales de los obispos y las bulas de los papas.

Los clérigos que tuvieron suficiente valor moral para plegarse al movimiento revolucionario, sólo pudieron hacerlo oponiéndose a sus superiores y haciendo caso omiso de las excomuniones que por este hecho caían sobre ellos. Fueron patriotas, no *debido* a la Iglesia sino *a pesar* de la Iglesia. Actuaron en el movimiento porque no pudieron menos que ser arrastrados por la inmensa ola de patriotismo que inundaba todo el continente, pero ni sus principios religiosos ni el espíritu predominante en esa iglesia contribuyeron en algo a hacerles lo que fueron.

Las placas colocadas al frente de casi todas las iglesias de la República Ar-

(1) Influencia del clero en la Independencia Argentina. Pág. 132.

gentina con el nombre de unas decenas de clérigos, la mayor parte de los cuales tuvieron una actuación casi nula, no hace sino revelar que fueron muy pocos los que participaron en pro del movimiento; y muchos de éstos eran solamente fruto de las circunstancias, pues se inclinaban del lado de la monarquía europea ni bien la revolución sufría algún contraste.

Por nuestra parte nos proponemos dejar hablar a los historiadores de bien merecido renombre e imparcialidad, y a los documentos que sepultados en los Archivos de Gobierno, en los Anales de Facultades y en obras monumentales de poca circulación que se encuentran en las buenas Bibliotecas pero que difícilmente llegan a la generalidad del público lector. Esos documentos y esas obras hablarán por sí y demostrarán a todo estudiante sin prejuicios que el clero fué contrario a la Independencia Americana.

CAPITULO PRIMERO



CAPITULO PRIMERO

En las invasiones inglesas.—Hostilidad del obispo Lue a los patriotas.—Actitud del clero rioplatense.—El obispo Orellana.—El clero de Salta y Cuyo.—El arzobispo de Charcas.

Ya durante las invasiones inglesas de los años 1806 y 1807, quedó evidenciado que el clero no secundaba las aspiraciones de los patriotas que no querían para esta tierra la dominación de ninguna potencia extranjera.

Cuando los ingleses se habían apoderado de Buenos Aires, el obispo Lue predicó un sermón elogiando a los invasores, en el que les rendía el homenaje de su completo acatamiento, a tal

punto que después de la reconquista, el Cabildo lo acusó, ante el rey, por su falta de patriotismo. "Con excepción del superior betlemítico, todos los preladados religiosos, — dice don Rómulo Carbia, — enviaron a Beresford una nota laudatoria, que el prior dominico remató, luego, abogando en la cátedra sagrada, por la solidificación del triunfo inglés." (1).

El sermón de Grela, que era el prior dominico, motivó muchos comentarios entre los que habían sido leales a la colonia, y entre los que no estaban contentos con cambiar de amo, sino que aspiraban a una completa emancipación. Alguien le dedicó este verso que se hizo por entonces muy popular:

*"Si pensó el padre Prior
que ese señor General
lo haría otra vez provincial
por meterse a adulator:
entienda que el tal señor*

(1) La Iglesia y la Revolución de Mayo. Anales de la facultad de Derecho. tomo 5, tercera parte, segunda serie.

*detesta la adulación,
y quisiera que el sermón,
o la carta adulatoria,
la dijera de memoria
en la boca del cañón.” (I)*

Cuando un gobierno menos complaciente con el clero, que los que nos han regido, y más consecuente con los hechos históricos, mande colocar en el Museo Histórico Nacional las banderas inglesas que están en el Templo de Santo Domingo, de Buenos Aires, los frailes podrán reemplazarlas con el verso que hemos transcripto, para que lo lean o lo canten los que acuden todos los años a celebrar el aniversario de la Reconquista.

Después de la Reconquista, los criollos se dieron cuenta de que tenían más fuerza de la que ellos habían supuesto; y los anhelos de emancipación se hicieron más vehementes. Y cuando, a me-

(1) Noticias Históricas de la República Argentina, por D. Ignacio Nuñez, pág. 34.

diados de Mayo de 1810, llegaron a Buenos Aires las noticias de que los ejércitos franceses dominaban en España, todos comprendieron que había sonado la hora oportuna para traducir en hechos gloriosos los ideales que desde tanto tiempo atrás venían acariciando.

Había que resolver qué actitud debía asumirse frente a los acontecimientos; y el 22 de Mayo se reunió, a solicitud de los patriotas, un Cabildo abierto con asistencia de 224 ciudadanos entre los cuales figuraban 26 sacerdotes y el obispo de la ciudad don Benito Lue y Riga.

Veamos, ahora, cual fué la actitud del obispo según lo que relata el historiador argentino don Vicente Fidel López:

“Conociendo el genio impetuoso y procaz del obispo Lue, los partidarios del virrey se figuraron que era el hombre adecuado para romper el debate, y el que por su doble autoridad de prelado y orador podía ejercer mayor imperio

en la reunión y para hacer retroceder a los sediciosos que pretendían volcar los asientos seculares de la monarquía. Ya fuese para hacerse imponente, ya para desahogar su furia con toda impunidad el obispo había tomado asiento con anticipación, vestido con un lujo eclesiástico excepcional. Llevaba todas las cadenas y las cruces de su rango; riquísimos escapularios de oro, y cuatro familiares, de pie, detrás de él, tenían la mitra el uno, el magnífico misal el otro, las leyes de Indias y otros volúmenes con que se había preparado a hundir a sus adversarios.”

“Con modales y palabras agresivas dijo que estaba asombrado de que hombres nacidos en una colonia se creyesen con derecho a tratar asuntos que eran privativos de los que habían nacido en España, por razón de la conquista y de las bulas con que los papas habían declarado eran propiedad exclusiva de los españoles.” (1).

(1) Historia de la República Argentina, tom. III, pág. 28

punto que después de la reconquista, el Cabildo lo acusó, ante el rey, por su falta de patriotismo. "Con excepción del superior betlemítico, todos los prelados religiosos, — dice don Rómulo Carbia, — enviaron a Beresford una nota laudatoria, que el prior dominico remató, luego, abogando en la cátedra sagrada, por la solidificación del triunfo inglés." (1).

El sermón de Grela, que era el prior dominico, motivó muchos comentarios entre los que habían sido leales a la colonia, y entre los que no estaban contentos con cambiar de amo, sino que aspiraban a una completa emancipación. Alguien le dedicó este verso que se hizo por entonces muy popular:

*"Si pensó el padre Prior
que ese señor General
lo haría otra vez provincial
por meterse a adulator:
entienda que el tal señor*

(1) La Iglesia y la Revolución de Mayo. Anales de la facultad de Derecho. tomo 5, tercera parte, segunda serie.

*detesta la adulación,
y quisiera que el sermón,
o la carta adulatoria,
la dijera de memoria
en la boca del cañón.” (I)*

Cuando un gobierno menos complaciente con el clero, que los que nos han regido, y más consecuente con los hechos históricos, mande colocar en el Museo Histórico Nacional las banderas inglesas que están en el Templo de Santo Domingo, de Buenos Aires, los frailes podrán reemplazarlas con el verso que hemos transcripto, para que lo lean o lo canten los que acuden todos los años a celebrar el aniversario de la Reconquista.

Después de la Reconquista, los criollos se dieron cuenta de que tenían más fuerza de la que ellos habían supuesto; y los anhelos de emancipación se hicieron más vehementes. Y cuando, a me-

(1) Noticias Históricas de la República Argentina, por D. Ignacio Nuñez, pág. 34.

diados de Mayo de 1810, llegaron a Buenos Aires las noticias de que los ejércitos franceses dominaban en España, todos comprendieron que había sonado la hora oportuna para traducir en hechos gloriosos los ideales que desde tanto tiempo atrás venían acariciando.

Había que resolver qué actitud debía asumirse frente a los acontecimientos; y el 22 de Mayo se reunió, a solicitud de los patriotas, un Cabildo abierto con asistencia de 224 ciudadanos entre los cuales figuraban 26 sacerdotes y el obispo de la ciudad don Benito Lue y Riga.

Veamos, ahora, cual fué la actitud del obispo según lo que relata el historiador argentino don Vicente Fidel López:

“Conociendo el genio impetuoso y procaz del obispo Lue, los partidarios del virrey se figuraron que era el hombre adecuado para romper el debate, y el que por su doble autoridad de prelado y orador podía ejercer mayor imperio

en la reunión y para hacer retroceder a los sediciosos que pretendían volcar los asientos seculares de la monarquía. Ya fuese para hacerse imponente, ya para desahogar su furia con toda impunidad el obispo había tomado asiento con anticipación, vestido con un lujo eclesiástico excepcional. Llevaba todas las cadenas y las cruces de su rango; riquísimos escapularios de oro, y cuatro familiares, de pie, detrás de él, tenían la mitra el uno, el magnífico misal el otro, las leyes de Indias y otros volúmenes con que se había preparado a hundir a sus adversarios.”

“Con modales y palabras agresivas dijo que estaba asombrado de que hombres nacidos en una colonia se creyesen con derecho a tratar asuntos que eran privativos de los que habían nacido en España, por razón de la conquista y de las bulas con que los papas habían declarado eran propiedad exclusiva de los españoles.” (1).

(1) Historia de la República Argentina, tom. III, pág. 28

A los argumentos del obispo respondió con fogosa elocuencia el patriota Castelli, sosteniendo que si el monarca español ya no existía todos sus representantes en América caducaban también.

No corresponde a la índole de este trabajo entrar en detalles sobre aquella asamblea. Si la hemos mencionado es para dejar demostrado que a los patriotas, para poder seguir adelante en la obra que con tanto entusiasmo habían emprendido, les fué necesario empezar aplastando la oposición tenaz de un prelado.

El argumento del obispo estaba fundado en la famosa bula de Alejandro VI, del 4 de Mayo de 1493, donando a los reyes de España las nuevas tierras descubiertas en esta parte del mundo. La bula estaba concebida en estos términos tan arrogantes como curiosos:

“Motu proprio, y no a la instancia de

la petición de Vos o de otro por Vos, sino de nuestra mera liberalidad y por la plenitud de la potestad apostólica, donamos, concedemos y asignamos a perpetuidad todas las islas o tierras firmes, inventadas y por inventar situadas al Occidente y al Mediodía (tirando una línea de un polo a otro; a cien leguas al Oeste de las Azores), por la autoridad del Todopoderoso que nos fué concedida a Nos en el Bienaventurado Pedro y vicario de Jesucristo, por la cual funcionamos en las tierras,—con todos los dominios y ciudades en ellas,—a Vos y a vuestros herederos y sucesores de Castilla y de León, con la plena y libre y absoluta potestad, autoridad y jurisdicción consentimos y delegamos, bajo pena de excomunión amplia, si contradijeren, y prohibimos que (otros) presuman llegar a las islas y tierras firmes inventadas o por inventar.”

Esta bula papal fué un arma que esgrimieron con frecuencia los partidarios de la monarquía, sabiendo que no podía

sino impresionar a los fieles católicos el hecho de que oponerse a ella, como lo estaban haciendo los revolucionarios, era hacerse reo de excomunión amplia, sin embargo el argumento no produjo todos los resultados que se esperaban porque juntamente con las ideas de libertad habían entrado también ideas liberales que enseñaban que las bulas de los papas carecen de autoridad y que las temibles excomuniones, que en otros tiempos hacían temblar a los monarcas, no pueden hacer ningún mal a las personas o pueblos contra quienes son dirigidas.

Los sacerdotes patriotas se veían en la necesidad de denunciar desde los púlpitos las blasfemas intenciones de los papas que pretendían disponer de los reinos e imperios, a su antojo.

El presbítero Achega, predicando en Buenos Aires, el año 1813, recordaba que Jesucristo había dicho: "Mi reino no es de este mundo" y que esta verdad había "sido violada al asumir el papa

poderes terrenales. Dean Funes, al año siguiente, atacaba a los que se servían de la religión para asegurar el triunfo de sus pasiones. Castro Barros, en Tucumán, el 25 de Mayo de 1815, decía que la donación pontificia no tenía más fundamento que los que tuvo Achab al usurpar la viña de Naboth. El franciscano Soto, predicando en Buenos Aires el año 1816, decía: "que el dominio temporal de los papas estaba fuertemente rebatido por los sabios." El Dr. Julián S. de Agüero, no vacilaba en poner de manifiesto que Alejandro VI había sido un pérfido. En Tucumán, el presbítero Iriarte preguntaba desde el púlpito: "¿Y un pontífice ha podido dar lo que nunca fué suyo? Sabemos que nada hay más opuesto a la doctrina de Jesucristo que la prerrogación civil sobre los derechos políticos de la tierra." Y el canónigo Calixto del Corro, en Córdoba, decía que la bula de Alejandro VI era la que había dado origen a la formación de un partido opuesto a la libertad.

Volvamos al obispo Lue.

Instalada la Primera Junta el 25 de Mayo de 1810 ésta se dirige al obispo comunicándole el hecho y solicitando su acatamiento.

El obispo contestó que se sometía a ella pero reconociéndola tan sólo como autoridad provisoria.

La Junta dudaba de la sinceridad del obispo y le miró siempre como a un elemento que podía llegar a ser peligroso, de modo que nunca dejó de vigilar todos sus actos y de estar atenta al primer movimiento que se le veía hacer.

No es de ningún modo verídico lo que dice monseñor Piaggio de que las relaciones entre la Junta y el obispo fueron siempre cordiales. Los siguientes hechos demuestran que fueron muy tirantes: el 15 de Junio de 1810 el obispo se dirigió a la Junta solicitando autorización para ausentarse de Buenos Aires en jira pastoral por diferentes partes

de su diócesis incluyendo a la ciudad de Montevideo, que estaba bajo su jurisdicción eclesiástica. La Junta le contestó que: "Las circunstancias delicadas del día presentaban un teatro espinoso en que los respetos del prelado proveerán muchas veces al nuevo gobierno de seguros recursos para calmar las agitaciones."

"Salta a la vista,—dice Carbia,—que la manifestación de la Junta fué una simple excusa para retener al obispo en la capital, donde se le podía vigilar suficientemente. Ni el pueblo ni el gobierno creían en su sincero acatamiento y más de uno sospechaba que el doctor Lue aprovechase la visita pastoral para sembrar la semilla del levantamiento contra la Junta." (1).

El Cabildo se había pronunciado en favor del nuevo régimen y ya por esta causa o por otras las relaciones con el

(1) La Iglesia y la Revolución de Mayo. Anales de la Facultad de Derecho, tomo 5, tercera parte, segunda serie.

obispo eran del todo tirantes, y todo Buenos Aires comentaba este hecho. Tres de sus miembros se habían propuesto acusar al obispo y éste se anticipó dirigiéndose a la Junta solicitando una audiencia para defenderse.

La Junta le contestó que le oiría cuando lo tuviese por conveniente. Pero no tardó la Junta en dirigirse al prelado comunicándole que en vista del escándalo que causaban las desavenencias entre él y el Cabildo se le ordenaba no concurrir a las funciones religiosas.

El obispo contestó, aunque seguramente no de muy buena gana, que obedecería la orden y desde entonces no apareció más en las iglesias; pero al aproximarse la Semana Santa solicitó autorización para oficiar en la catedral, la cual le fué negada. Pidió entonces que se le permitiese hacerlo en la iglesia de la Recoleta, pero tampoco le fué permitido.

La noche del 21 o 22 de Mayo de 1812

el obispo Lue fué encontrado muerto en su cama. El archivo parroquial dice que murió repentinamente sin recibir los sacramentos. Fué sepultado en la catedral. Era creencia general de qué había muerto envenenado y así lo afirmaba el obispo Orellana en una carta amarga publicada en Lima y que reprodujo *El Americano* el 30 de abril de 1819. El jesuíta Rafael Pérez dice que "si bien no murió fusilado como el obispo de La Paz, fué víctima de los padecimientos que la persecución le originó."

A la conducta del obispo, ¿cómo respondía el clero rioplatense? ¿Era patriota o reaccionario?

Remitimos al lector a lo que hemos dicho en el prólogo respecto a aquella minoría de sacerdotes que contribuyó a la emancipación. Veamos ahora cual era la conducta que en general observaba la gente de iglesia de la cual siempre se nos habla en los aniversarios patrios.

Don Rómulo Carbia, en el trabajo

ya citado, dice así: “Contra lo que parece desprenderse de la literatura histórica dedicada a la acción del clero en la Independencia, hay que establecer que no fueron revolucionarios todos los sacerdotes que al concentrarse el pronunciamiento había en el Río de la Plata, ni su acción de propaganda patriótica respondió en toda hora a propios entusiasmos.”

“En los legados caratulados *Secretaría de Gobierno*, del Archivo General de la Nación, abundan los documentos que no solo revelan la existencia de esas medidas (medidas que tomaba el gobierno para contrarrestar la influencia antipatriótica del clero) sino que notician también, de que la resistencia que una parte del clero hacía al nuevo régimen era seria. El padre Justo Arboleza, franciscano, es un espécimen de este particular. Según informes de fray José Casimiro Ibarrola, desde los principios de nuestra revolución política hacía público alarde de ser contrario, no solo al siste-

ma de la Patria, sino al actual gobierno de la Provincia. Y el mismo informante agregaba que el aludido padre, en un sermón predicado en Montevideo, había dicho: “Me avergüenzo de ser porteño, y si supiera por qué vena me corría esta maldita sangre desde luego me la picaría para no llevar en mí esta ponzoña.”

Era en los conventos,—donde la clausura favorece todas las confabulaciones tenebrosas,—que había más actividad antipatriótica, que se extendía aún a los de monjas, de los cuales menos se podía sospechar. El 26 de noviembre de 1810, el Gobierno dirigió al obispo el siguiente Oficio que no necesita comentarios:

“La Junta ha resuelto que la actual Abadesa de Capuchinas sea removida del cargo que ejerce por no ser digna de continuar en él, una Monja a quien se ha sorprendido correspondencia epistolar con los enemigos que nos bloquean. En esta virtud espera que V. S. I. provea ese monasterio de otra Prelada por

la vía y forma que crea más conveniente" (1).

Una de las medidas que tomó el gobierno naciente para contrarrestar la influencia reaccionaria del clero ante el pueblo que podía haber sido arrastrado a una campaña de restauración, fué la de ordenar que se leyese en las iglesias, por los mismos curas, los días de fiesta, después de misa, *La Gaceta de Buenos Aires*, órgano oficial de la Junta. Esta orden fué dada el 21 de noviembre de 1810 y dirigida al obispo Lue, y se halla transcrita en el Registro Nacional bajo el número 178.

El clero hace capital del hecho de que *La Gaceta* era leída en los púlpitos, ocultando maliciosamente que hacían esta lectura no de motu propio, sino por orden terminante de las autoridades civiles; y más de un cura la hacía de mala gana, pronunciando entre dientes las palabras, de modo que el público no sa-

(1) Archivo de Gobierno. Año 1810. Núm. 85

bía si se estaba dando lectura a un manifiesto patriótico o a una porción del Breviario, en viejo e incomprensible latín.

La Gaceta del 27 de diciembre de 1811 publicó un artículo pidiendo a todos los funcionarios del estado su cooperación en la obra de difundir los ideales de libertad, y en él se ve claramente cuál era la actitud del clero. Entre otras cosas dice:

“Con este motivo no puedo pasar en silencio la inacción, mejor diré la malicia de los curas en general por no ilustrar a sus feligreses en la obligación en que están de sostener la causa de la patria, dando a conocer en esto que el fanatismo y la superstición se interesan en conservar la tiranía, así como el verdadero culto propende a aniquilarla.”

No sabemos si los curas habrán leído desde los púlpitos ese artículo, ni este otro del mismo tenor publicado en el número del 31 de diciembre de 1811:

“Se ha observado hasta aquí constantemente que entre las varias clases que componen el estado, ninguna ha tenido en nuestra revolución una parte menos activa, que la más ilustrada, la más respetable y de mayor influjo para crear el espíritu público y dominar la opinión del pueblo. Todos saben que estos caracteres sólo pueden convenir a los eclesiásticos, objeto principal de nuestras declaraciones. Debemos calcular por los efectos, que ellos nos hacen una guerra sorda pero terrible; y que al menos por su indiferencia son responsables de los males que pudieran evitar consagrandolo a la patria el fruto de sus funciones.”

En Mayo de 1812 el gobierno ordenó que desde los púlpitos se predicase en favor de la revolución, orden ésta que nunca hubiera sido dada si el clero hubiese demostrado tanto patriotismo como el que le atribuyen los declamadores de los aniversarios patrios. Esta orden se renovó el año 1815 porque los curas ya se habían olvidado de cumplirla.

El 2 de Julio de 1812 el Triunvirato tuvo conocimiento de la conspiración encabezada por don Martín Alzaga, destinada a derribar el gobierno patrio y restablecer al que había caído. Esta conspiración contaba con el apoyo moral y material de muchos clérigos, entre los que sobresalía el padre Animas, tan interesado y entusiasta en la empresa como el mismo Alzaga. El historiador López se expresa así:

“Otro jefe era fray José de las Animas, principal o presidente de la orden de Bethlemitas.” “Pronto se hizo el eje de toda la conspiración por la actividad, la destreza y la eficacia enérgica e incansable con que había llevado adelante el peso de los trabajos y resuelto todas las dificultades de detalle que hasta entonces se habían presentado.” (1).

Cuando se descubrió la conspiración fué prendido el padre Animas, quien negó rotundamente haber tenido parti-

(1) Historia de la República Argentina. Tom. IV. pag. 134.

cipación en la misma, pero como estaba demostrado hasta la evidencia que era uno de los encabezadores del movimiento fué condenado a muerte. La diligencia publicada dice así: “Y siendo las diez de la mañana fué ejecutada la sentencia en la persona del padre fray José de las Animas en la Plaza de la Victoria y suspendido de la horca su cadáver en la forma ordinaria. De lo que doy fe. *Cortés.*”

Alzaga viendo que sus planes estaban descubiertos y que el movimiento había abortado trató de esconderse en las iglesias. Dos curas del oratorio de Santa Lucía, Marull y Salas, fueron desterrados por haberlo ocultado, e igual suerte le tocó al cura de la Concepción don Nicolás Calvo, “quien estuvo muy cerca de ser ejecutado” porque conocía el paradero de Alzaga y se negaba a denunciarlo, cosa que hizo recién cuando vió que el gobierno estaba dispuesto a tomar medidas enérgicas.”

Dominada esta conjuración, los ene-

migos de la libertad no se daban por vencidos y contando con el apoyo de los clérigos continuaban obstaculizando al nuevo gobierno el cual tuvo que tomar serias resoluciones en muchos casos.

“Las medidas contra los clérigos — dice Carbia — que no aceptaban el nuevo estado de cosas, usadas desde el primer día del gobierno patrio recrudecieron hacia fines de 1815, y durante todo el año 1816, especialmente. En esta última fecha, el gobierno solicitó del previsor del obispado la suspensión de los eclesiásticos americanos *enemigos de la libertad o indiferentes* (2) y en cumplimiento de este pedido, la curia de Buenos Aires (3) después de consultar la medida con veinte consejeros, procedió a retirar la licencia para confesar, a 17 sacerdotes y amonestó a 5 por parecerle *sospechosos e indiferentes al sagrado sistema de nuestra libertad civil.*”

Allá por el año 1815, cuando la revo-

(2) Nota del 9 de Enero de 1816,

(3) Nota del Previsor Achega, del 19 de Enero do 1816.

“Se ha observado hasta aquí constantemente que entre las varias clases que componen el estado, ninguna ha tenido en nuestra revolución una parte menos activa, que la más ilustrada, la más respetable y de mayor influjo para crear el espíritu público y dominar la opinión del pueblo. Todos saben que estos caracteres sólo pueden convenir a los eclesiásticos, objeto principal de nuestras declaraciones. Debemos calcular por los efectos, que ellos nos hacen una guerra sorda pero terrible; y que al menos por su indiferencia son responsables de los males que pudieran evitar consagrandó a la patria el fruto de sus funciones.”

En Mayo de 1812 el gobierno ordenó que desde los púlpitos se predicase en favor de la revolución, orden ésta que nunca hubiera sido dada si el clero hubiese demostrado tanto patriotismo como el que le atribuyen los declamadores de los aniversarios patrios. Esta orden se renovó el año 1815 porque los curas ya se habían olvidado de cumplirla.

El 2 de Julio de 1812 el Triunvirato tuvo conocimiento de la conspiración encabezada por don Martín Alzaga, destinada a derribar el gobierno patrio y restablecer al que había caído. Esta conspiración contaba con el apoyo moral y material de muchos clérigos, entre los que sobresalía el padre Animas, tan interesado y entusiasta en la empresa como el mismo Alzaga. El historiador López se expresa así:

“Otro jefe era fray José de las Animas, principal o presidente de la orden de Bethlemitas.” “Pronto se hizo el eje de toda la conspiración por la actividad, la destreza y la eficacia enérgica e incansable con que había llevado adelante el peso de los trabajos y resuelto todas las dificultades de detalle que hasta entonces se habían presentado.” (1).

Cuando se descubrió la conspiración fué prendido el padre Animas, quien negó rotundamente haber tenido parti-

(1). Historia de la República Argentina. Tom. IV. pag. 134.

cipación en la misma, pero como estaba demostrado hasta la evidencia que era uno de los encabezadores del movimiento fué condenado a muerte. La diligencia publicada dice así: “Y siendo las diez de la mañana fué ejecutada la sentencia en la persona del padre fray José de las Animas en la Plaza de la Victoria y suspendido de la horca su cadáver en la forma ordinaria. De lo que doy fe. *Cortés.*”

Alzaga viendo que sus planes estaban descubiertos y que el movimiento había abortado trató de esconderse en las iglesias. Dos curas del oratorio de Santa Lucía, Marull y Salas, fueron desterrados por haberlo ocultado, e igual suerte le tocó al cura de la Concepción don Nicolás Calvo, “quien estuvo muy cerca de ser ejecutado” porque conocía el paradero de Alzaga y se negaba a denunciarlo, cosa que hizo recién cuando vió que el gobierno estaba dispuesto a tomar medidas enérgicas.”

Dominada esta conjuración, los ene-

migos de la libertad no se daban por vencidos y contando con el apoyo de los clérigos continuaban obstaculizando al nuevo gobierno el cual tuvo que tomar serias resoluciones en muchos casos.

“Las medidas contra los clérigos — dice Carbia — que no aceptaban el nuevo estado de cosas, usadas desde el primer día del gobierno patrio recrudecieron hacia fines de 1815, y durante todo el año 1816, especialmente. En esta última fecha, el gobierno solicitó del previsor del obispado la suspensión de los eclesiásticos americanos *enemigos de la libertad o indiferentes* (2) y en cumplimiento de este pedido, la curia de Buenos Aires (3) después de consultar la medida con veinte consejeros, procedió a retirar la licencia para confesar, a 17 sacerdotes y amonestó a 5 por parecerle *sospechosos e indiferentes al sagrado sistema de nuestra libertad civil.*”

Allá por el año 1815, cuando la revo-

(2) Nota del 9 de Enero de 1816,

(3) Nota del Previsor Achega, del 19 de Enero do 1816.

lución americana pasaba por momentos críticos, y las esperanzas de los reaccionarios se habían reavivado, entre todo aquel clero tan patriota, acerca del cual nos aturden los oídos, no se podía encontrar un eclesiástico, que tuviese suficiente valor moral y amor a la patria como para pronunciar una oración patriótica en la catedral de Buenos Aires como se había hecho hasta entonces con motivo del 25 de Mayo. Oigamos acerca de esto al historiador don Adolfo Sal-
días:

“Entre las solemnidades con que se celebraba en Buenos Aires el aniversario de la revolución de 1810, figuraba el panegírico que de ella hacía un sacerdote de renombre en la Iglesia Catedral. A ese acto asistían las autoridades y cantidad de pueblo ávido de estímulos al sentimiento de la libertad que lo empujaba. En el año 1815 no se encontró un solo individuo del clero secular ni regular que quisiese pronunciar ese panegírico. Todos se excusaron alegando

que Fernando VII ocupaba el trono de la Metrópoli y que, en semejante circunstancia, era imprudente provocar su enojo con esa especie de propaganda subversiva de su autoridad. El Cabildo de Buenos Aires acudió al P. Castañeda: éste triunfó con su patriotismo del escrúpulo que aquéllos fundaban en realidad en las negociaciones que entretenía el Directorio argentino para coronar un monarca cualquiera en las provincias del Río de la Plata. Y contestó al alcalde del primer voto que aunque fuese en la punta de una lanza haría pública profesión de su fe patriótica. Lo cumplió en efecto, pronunciando un elocuente sermón que le valió calurosas felicitaciones.” (1)

Esto honra al padre Castañeda; pero, ¿dónde queda ese tan mentado patriotismo del clero en los días de la revolución? ¡Todos, menos uno, se niegan a tomar la palabra un 25 de Mayo!

(1) Vida y Escritos del Padre Castañeda. Pág. 16 y 17

Ya hemos visto que el gobierno obligó al obispado a suspender de sus funciones a 17 sacerdotes del clero secular. Idénticas medidas fué necesario tomar con los frailes, a tal punto que en Marzo de 1816 sólo en el convento de la Recoleta se prohibió a 12 sacerdotes ejercer el ministerio de la confesión. El guardián de la casa se dirigió al gobierno pidiendo que les fuese levantada esa pena en vista de la falta de confesores, pero el gobierno contestó negativamente, diciendo que se había tomado esa seria medida por temor de que "abusando del confesonario, extraviasen las conciencias." (1)

Cuando llegaron a la ciudad de Córdoba las primeras noticias de los sucesos que habían tenido lugar en Buenos Aires durante la histórica semana de Mayo, el gobernador español Concha convocó a los hombres de mayor prestigio e influencia a una reunión a fin

(1) Nota y Providencia dél 17 de Marzo de 1816. Archivo General de la Nación. Obispado.

de tratar sobre la actitud que debían asumir. El general Liniers, el obispo Orellana, y el deán Funes estaban entre los invitados.

Después de largas deliberaciones y de estudiar bien las circunstancias prevaleció la idea errónea y fatal de resistir a la revolución. Liniers quedó encargado de la dirección militar de la resistencia a la que el obispo le daba todo el prestigio moral que tenía su investidura eclesiástica en una región tan altamente católica y donde el clero contaba con valiosos elementos. El deán Funes se opuso resueltamente a esa resistencia y su nombre quedó desde entonces vinculado al de los mejores patriotas argentinos. Era un hombre de tendencias algo liberales que le permitían vivir en buenas relaciones aun con los protestantes de Buenos Aires, y llegó hasta recomendar, por medio de una carta, la propaganda que hacía, años más tarde, don Lucas Matthews, agente de la Sociedad Bíblica, en estos países.

La expedición enviada por la Junta de Buenos Aires se acercaba a la ciudad, pero como el movimiento de resistencia no se había podido organizar aún, sus dirigentes creyeron más prudente retirarse hacia el Norte con la esperanza de poder incorporarse a las fuerzas realistas del Alto Perú. Pero el general Balcarce logró alcanzarlos, tomando prisioneros a Liniers, al gobernador Concha, al coronel Allende, al tesorero Rodríguez, al contador Moreno, y al obispo Orellana. La Junta de Buenos Aires por medio de una orden escrita de puño y letra de don Mariano Moreno mandaba pasar por las armas a estos prisioneros "sin dar lugar a minutos que proporcionasen ruegos y relaciones capaces de comprometer el cumplimiento de esta orden."

Una medida tan enérgica como ésta produjo un terrible pánico en toda la ciudad, mayormente cuando se supo que entre los que serían ejecutados se hallaba el obispo, de modo que los vecinos

suplicaron a Ocampo y al representante de la Junta don Hipólito Vieytes, que no hiciese ejecutar a los reos y que hiciese llegar a la Junta de Buenos Aires un pedido de gracia.

El pedido de indulto se envió con toda rapidez pero la contestación de la Junta fué negativa, y se ordenaba de nuevo que la sentencia se ejecutase, censurando a los jefes de la expedición por haber tomado en consideración ruegos que ya se había ordenado no fuesen escuchados. Para hacer cumplir la sentencia, la Junta comisionó al vocal Castelli, y el 26 de Agosto de 1810 en un lugar denominado Cabeza del Tigre, fué ejecutado Liniers y sus compañeros, menos el obispo Orellana, a quien lo dejaron con vida debido a su carácter eclesiástico y a los buenos oficios del patriota deán Funes.

El 7 de agosto de 1810 la Junta declaraba vacante el obispado de Córdoba por medio del siguiente oficio:

“En vista de los notorios crímenes de

Estado del fugitivo obispo que fué de esa diócesis, ha declarado esta Junta su iglesia por vacante y manda que reconociéndose por tal la provea V. S. de vicario capitular con arreglo a lo que los sagrados cánones previenen para semejantes casos.—Venerable Deán y Cabildo de la Iglesia Catedral de Córdoba.” (1)

Se mandó también confiscar los libros del obispo y de los que habían sido ejecutados.

La Gaceta del 11 de octubre de 1810 publicó un manifiesto de la Junta acerca de la conspiración de Córdoba, y entre otras cosas dice:

“Para desacreditar a la Junta se la llenó de imprecaciones y se le imputó el ignominioso carácter de insurgente y revolucionaria, se hizo un crimen de estado declararse por su causa, se interesó contra ella a la Religión misma, que—

(1) Registro Oficial de la República Argentina. Pág. 62.

riendo el prelado forzar a sus ministros a que profanasen los púlpitos y confesonarios.” “Prelados eclesiásticos: haced vuestro ministerio de pacificación, y no os mezcléis en las turbulencias y sediciones de los malvados; todo el respeto del santuario ha sido preciso para substraer al de Córdoba del rigor del suplicio, de que su execrable crimen le hizo acreedor; pero nuestras religiosas consideraciones no darán un segundo ejemplo de piedad, si algún otro abusase de su ministerio con insolencia.”

El obispo Orellana había sido confinado en la guardia de Luján, pero en octubre de 1811 el Triunvirato lo llamó a la capital en vista de que el gobierno tenía conocimiento de que había sabido “reformular su opinión y nivelarla a los principios e interés social.” (1)

El obispo contestó muy cortesmente, declarando que su religión “no sólo se

(1) Gaceta de Buenos Aires; 14 de Octubre de 1811.

acomoda con todos los gobiernos, sino que los consolida y perfecciona.” (1)

Con fecha 9 de enero de 1812 el Triunvirato devuelve a Orellana la silla episcopal de la cual había sido sacado por la Junta.

Si las cosas hubieran terminado aquí la actuación del obispo Orellana no sería un caso del todo malo para los que se entretienen en elogiar al clero de aquel entonces, pero la prensa histórica nos revela que su mansedumbre y conformidad al gobierno patrio fué aparente o por lo menos de poca duración.

El Americano, del 30 de abril de 1819 reproduce una carta que el obispo Orellana escribió desde Río de Janeiro y que había sido publicada en *La Gaceta de Lima*, en la que se queja amargamente de las autoridades argentinas, acusándolas de perseguidoras de la iglesia. En ella dice que el obispo Lue murió

(1) Gaceta de Buenos Aires. 19 de Octubre de 1811.

envenenado; que al arzobispo de Charcas se le arrojó de su arzobispado y que, conducido preso a Buenos Aires, murió en Salta en 1816; y que el obispo Videla estaba preso por segunda vez en Buenos Aires.

Comentando esta carta dice *El Americano* de la misma fecha:

“Es bien notorio que la conducta que desplegó Liniers, Concha, y los demás jefes de Córdoba, fué un efecto de la seducción del prelado. Con el ascendiente que le daba sobre ellos su carácter elevado, y su concepto público, empleó toda su influencia para hacerles adoptar los planes de guerra civil, y devastación, que desgraciadamente abrazaron aquellos jefes mal dirigidos. Sin los consejos de este prelado no se hubiera derramado sangre, por entonces, no se habría encarnizado la revolución, tomando el carácter de encono que ha sido en mucha parte efecto de aquella jornada, ni se habría producido el escándalo .

político de insurreccionarse una provincia contra la capital. Todos estos males han sido el resultado de sus lecciones funestas. Ya se ve con cuanta justicia debió ser condenado a muerte, principalmente habiéndolo sido sus cómplices, o más bien diríamos, sus agentes subalternos. Pero una piedad mal entendida le libró del castigo que tenía tan merecido.”

La reacción de Córdoba no fué sino el fruto natural del espíritu católico tan contrario a la libertad de los pueblos y al desarrollo de toda idea de progreso. La idea de la emancipación no procedía, seguramente de Roma, sino que como lo sostiene Mitre al hablar de la filiación de la revolución americana, se inspiraba en la independencia de los Estados Unidos proclamada el año 1776, y en la revolución francesa, del año 1780.

Sarmiento describe admirablemente la ciudad de Córdoba, en aquellos tiempos, con su magnífica catedral de orden

romano, de enorme cúpula recortada en arabescos, único modelo de la arquitectura medioeval que existe en la América del Sur; con su templo y convento de la Compañía de Jesús, en cuyo presbiterio hay una trampa que da entrada a tenebrosos subterráneos que se extienden por debajo de la ciudad y van a parar todavía no se sabe a dónde; con sus tétricos calabozos en los que los jesuitas sepultaban vivos a sus infelices reos; con sus soberbios conventos, monasterios y casas de beatas a cada cuadra; con los 800 esclavos que los frailes hacían reproducir, entre los que sobresalían mulatillas de ojos azules; rubias rozagantes de piernas bruñidas como el mármol; verdaderas circasianas dotadas de todas las gracias, con una dentadura de origen africano, que servía de cebo a las pasiones humanas, todo para mayor honra y provecho del convento a que estas huríes pertenecían; con su Universidad, en la cual según el mismo deán Funes se enseñaban "razonamientos puramente humanos, sutilezas, sofismas

engañosos, cuestiones frívolas e impertinentes,” que formaban el gusto dominante de los que cursaban en sus aulas; donde el espíritu era monacal y escolástico y donde el tema de todas las conversaciones versaba sobre procesiones, fiestas de santos, profesiones de monjas y recepciones de las borlas de doctor.

“¿Qué mellas,—pregunta luego,—haría la revolución de 1810 en un pueblo educado por los jesuítas, y enclaustrado por la naturaleza, la educación y el arte?” El mismo contesta a esa pregunta, y dice:

“La revolución de 1810 encontró en Córdoba un oído cerrado. Al mismo tiempo que las provincias todas respondían a un tiempo: ¡A las armas! ¡A la libertad!” “¡Córdoba protesta y clama al cielo contra la revolución de 1810!” (1)

Ya hemos visto cómo los obispos Lue

(1) Facundo, Cap: III.

y Orellana hacían una oposición tenaz a la marcha de la revolución de Mayo, y cómo fué menester someterlos y mostrar para con ellos todo rigor y energía sin los cuales hubieran hecho fracasar las nobles aspiraciones de un pueblo sediento de libertad.

En las provincias del norte era el obispo don Nicolás Videla y su clero quienes obstaculizaban al general Belgrano en su tarea de contener el avance de los ejércitos realistas que al mando de Goeneche operaban en el Alto Perú. Oigamos sobre esto al general Mitre:

“Usando alternativamente de la energía y la blandura (Belgrano) supo atraer las simpatías de las familias más importantes del país y dominó con mano firme las resistencias que le oponían los enemigos encubiertos de la causa entre los cuales se contaban casi todos los curas acaudillados por el obispo de Salta, en comunicación con el enemigo. Habiendo sorprendido su correspondencia con

Goyeneche, dió un golpe de autoridad, ordenando al obispo que saliese de la capital en el término de veinticuatro horas, y desde entonces todos comprendieron que no había inmunidades para los enemigos de la libertad.” (1)

Con este motivo dirigió a la Junta de Buenos Aires el siguiente oficio que fué publicado en la *Gaceta*, y que se halla también entre los documentos recopilados por Carlos Calvo:

“Generalmente se me había dicho que este prelado era contrario a la sagrada causa de la patria; que de su casa salían las noticias más funestas; y que se empeñaba en el desaliento, y por consiguiente en la desunión.

Mi ánimo propenso siempre a pensar bien de todos, no me daba lugar a persuadirme de tales excesos; pero en el momento que he visto las cartas de Goyeneche no he podido contenerme; pues

(1) Historia de Belgrano. Cap. XVIII.

veía expuesta la seguridad de las armas, habiendo esta clase de sujetos que se destinan a la ruina por unos medios tan rastreros, y que con su ejemplo arrastran la multitud ignorante, y siempre propensa a respetar esta elevada y santa clase de sociedad.” (1)

Al obispo Videla dirigió el siguiente oficio:

“En el término de 24 horas se pondrá Vuestra Señoría Ilustrísima en marcha para la capital de Buenos Aires, pidiendo todos los auxilios precisos, pero a su costa, al prefecto de ésta, a quien con esta fecha imparto la orden conveniente.

Dios guarde a Vuestra Señoría Ilustrísima muchos años. Manuel Belgrano.

Estancia de Río Blanco, 16 de abril de 1812.” (2)

Don Bernardo Frías, escritor católico

(1) Anales de la Revolución en la América Latina. Carlos Calvo Tomo 2. pag. 34.

(2) Obra Cit. Tomo 2. Pág. 35.

que en sus escritos no deja perder ocasión algo propicia para aplaudir al clero, se ve en la necesidad de admitir este hecho y nos da algunos pormenores interesantes que no se hallan en otros historiadores. Dice así:

“Mas quiso la suerte que, o porque temiera el obispo ultrajes, desacato, y mortificaciones semejantes a las que había pasado su colega Orellana, en Córdoba, entregándose a manos de sus dobles enemigos, políticos y religiosos, o que pensara que desaparecería brevemente aquella tempestad que se armaba sobre su cabeza con la próxima aparición del ejército real, el hecho es que, en vez de obedecer, ocultóse en casa de D. Tomás de Archondo, español exaltado y fervorosísimo católico, quien lo guardó en el entretecho de un zaguán interior, sitio incómodo, obscuro y estrecho, que usaban tener las casas entonces para depósito de vejeces y trastes de última ralea, y que llamaban zarzos, y fué tan bien hecha la elección y tanta la fide-

lidad de la servidumbre, que a despecho de las pesquisas para su hallazgo, no se pudo dar caza al prelado, viviendo así en aquel mortificante retiro por espacio de tres meses y catorce días hasta que la casualidad hizo fuera sorprendido y delatado por un hombre a quien se tachó de excomulgado; saliendo el mitrado que era ya octogenario vuelto a la luz con el semblante flaco, pálido y macilento, la barba crecida media cuarta! para ser remitido confinado a Buenos Aires y en vísperas de su salvación pues tocaba ya el enemigo las puertas de la ciudad.” (1)

En las provincias andinas abundaban, como en todas partes, los curas enemigos de la independencia. Don Damian Hudson (2) nos recuerda al cura don José de Castro que en San Juan tuvo que ser desterrado por ser adicto a la monarquía y negarse a escuchar las ins-

(1) Historia de Güemes.

(2) Recuerdos Históricos sobre la Provincia de Cuyo. Tomo I
Pag. 60 y 61.

tancias ardorosas que le hizo el gobernador para que se plegase a la causa americana.

Otro ejemplo fué el del presbítero sanjuanino don José Manuel de Astorga, más tarde caudillo político que anarquizaba la provincia. Un 25 de Mayo después de mucha resistencia subió al púlpito a predicar pero al nombrar a Fernando VII se quitó el birrete y pronunció el *Dios te guarde* de ordenanza. Al bajar del púlpito fué conducido a la cárcel y luego desterrado a Mendoza. Como en esa ciudad continuaba su hostilidad a la revolución se le mandó prender de nuevo y como se resistiese a caminar por sus propios pies hubo que conducirlo en unas parihuelas.

Mitre (1) refiere cómo San Martín, en Mendoza, mandó a dos frailes franciscanos que permaneciesen reclusos en los claustros de sus conventos prohibiéndoseles confesar y predicar porque

(1) Historia de San Martín. Cap IX.

eran “contrarios a la regeneración política”, y cómo notificó a los curas “que tomaría providencias más serias” sino predicaban en favor de la revolución.

El arzobispo don Benito Mariano Moxó, de la ciudad de La Plata, o Charcas, en el territorio de la actual República de Bolivia, era uno de los prelados más distinguidos, por su erudición. que había en el Nuevo Mundo a principios del siglo XIX.

Pocos meses antes del histórico 25 de Mayo, este arzobispo publicó, por medio de la Real Imprenta de los Niños Expósitos de Buenos Aires, el 22 de febrero de 1810, una pastoral en la que exigía de sus feligreses obediencia y sumisión a las autoridades españolas.

Evidentemente esta pastoral tenía por fin sofocar las aspiraciones de independencia que empezaban a dejarse sentir por todas partes.

Con seguridad que los criollos no

pensaban lo mismo que el arzobispo, y tal vez se habrán sonreído al leer en su erudita pastoral los elogios que hacía al régimen colonial que ellos reputaban como un lamentable fracaso del cual querían deshacerse cuanto antes 'para poder entrar en una era de progreso y adelanto. He aquí cómo se despachaba tranquilamente el arzobispo: "Nosotros estamos sujetos a leyes sabias y benéficas, que no miran otro blanco que la felicidad común y tenemos a la frente de los negocios a un Virrey, un presidente, unos Magistrados, que se desvelan día y noche para que disfrutemos los inestimables bienes de la seguridad interior y exterior y no seamos víctimas del despotismo y perfidia de un enemigo que tantas desgracias ha causado y causa todavía en Europa." (1)

La revolución estalló a pesar de su pastoral y tuvo que resignarse a ver en-

(1) Carta Pastoral del Illmo Sr. Arzobispo de La Plata sobre la obediencia y sumisión que se debe a las potestades legítimas. Un ejemplar de esta obra se halla en la Biblioteca del Museo Mitre.

trar triunfante y aclamada por toda la población, en la ciudad de su residencia, a la expedición que la Junta de Buenos Aires había enviado a las órdenes de Castelli.

Ya sea por temor a las medidas enérgicas de Castelli o por espíritu de acomodamiento, el hecho es que el arzobispo Moxó, olvidando lo que pocos meses antes había escrito sobre las excelencias y virtudes del régimen que se derrumbaba, recibió con los brazos abiertos al jefe de la expedición, y este gran liberal, como la mayoría de los actuales, participó de todas las fiestas religiosas que el 6 de enero de 1811 se celebraron en la catedral de Charcas presididas por el arzobispo. La *Gaceta de Buenos Aires* del 14 de febrero de 1811 publica una elocuente homilía que pronunció en aquella ocasión y en la cual con fina adulación elogia a Castelli hasta llamarlo *Salvador*.

Hé aquí algunos párrafos para mues-

tra: "Los motivos que tenemos hoy para dar a Dios las más humildes y sinceras gracias, son ciertamente muy grandes y extraordinarias." "Le pediré igualmente a Dios en calidad de vasallo, que prospere y mantenga en su mayor grandeza a la Excm. Junta de Buenos Aires, a quien con tanta alegría y uniformidad hemos jurado obedecer." "Vuestra excelencia—dijo dirigiéndose a Castelli—ha venido a estas provincias a restablecer la libertad civil, y fundar la concordia y fraternidad."

Los escritores católicos nunca se cansan de quejarse por la conducta irreligiosa de Castelli durante su expedición al Alto Perú, pero el arzobispo no se expresó de ese modo al pronunciar su homilía de adulación, pues dijo: "Mi alma; que nunca podrá olvidarse de la heroica bondad con que V. E. protege a mis amadas ovejas, se llena con este motivo de un gozo, que las palabras nunca serían capaces de pintar."

¡Las ovejas del redil papista protegi-

das por el liberal Castelli! ¡Cuánta farsa y mentira en esas ceremonias de los cultos oficiales!

Pero la causa americana empezó a sufrir algunos contrastes y ese señor arzobispo con la misma facilidad con que había jurado obediencia a la Junta, violó el juramento y se plegó a la causa realista.

La Gaceta trae el siguiente suelto en el que vemos que el famoso adulator de Castelli estaba empleando toda su energía e influencia en contra de la causa americana: "Anoche hemos recibido comunicaciones del ejército del Oeste." Después de dar varias noticias añade: "Y en fin remite una carta circunstanciada que con fecha 13 de octubre le dirige desde Oruro, un Patriota explorador, que reside en aquella Villa; ponderando entre otras cosas los esfuerzos que hace la superstición para proteger la tiranía; a cuyo fin el perjurio ex arzobispo de La Plata que con un gran

número de emigrados existe allí reunido, no cesa de exhortar al pueblo a la carnicería, concediendo indulgencias a los que hacen oración por el triunfo de las armas de Pezuela.”

En la batalla de Salta, librada el 20 de febrero de 1813, Belgrano logró apoderarse de 3.000 prisioneros a los cuales puso en libertad previo juramento de que no volverían a tomar las armas contra los patriotas. “El arzobispo de Charcas—dice Barros Arana—y el obispo de La Paz, sin embargo, absolvieron del juramento a los capitulados de Salta, declarando que Dios no considera válidos los tratados hechos con los insurgentes.” (1)

(1) Compendio de Historia Americana. Pág. 395.

CAPITULO SEGUNDO





CAPITULO SEGUNDO

Tenaz oposición del obispo de Santiago de Chile. — Hostilidad del obispo de Concepción. — Actitud del clero en Chile. — El clero celebra el triunfo realista de Rancagua. — O'Higgins y San Martín frente a la hostilidad clerical. — En cura Zapata.

La hostilidad del clero a la independencia de Chile ha sido puesta de manifiesto por dos escritores de bien merecido renombre: don Diego Barros Arana en su *Historia de la Independencia de Chile*, así como en otros numerosos escritos, y don Luis Barros Borgoño en su obra bien documentada que lleva por título: *La Misión del Vicario Apostólico don Juan Muzi*. A estas dos obras

remitimos al lector que desee detalles más completos que los que consignamos en este trabajo.

Había dos obispados en el territorio chileno al iniciarse la revolución de 1810: el de Santiago y el de Concepción, y ambos opusieron a la causa de la emancipación toda la influencia que les era dado ejercer ante el clero y los feligreses.

El obispo de Santiago, Antonio Martínez de Aldunate era un anciano venerable y muy estimado por la sociedad chilena, pero siendo hombre de más de ochenta años de edad no estaba llamado a tomar parte activa en los acontecimientos que se desarrollaban. Los patriotas incluyeron su nombre entre los que compusieron la primera Junta, y al hacerlo no buscaban otra cosa sino atraer a la causa los poderosos elementos con que el Catolicismo contaba. Pero el verdadero obispo de Santiago no era el anciano Aldunate sino el presbítero

chileno don José Santiago Rodríguez, “un hombre de acero que por sus convicciones, su arrogancia y su tenacidad debía ser el más formidable enemigo de la Independencia chilena.”

Los patriotas no tardaron en descubrir que este prestigioso eclesiástico sirviéndose de la influencia que tenía en el cabildo de Santiago y ante muchos vecinos de representación, había enviado una circular a los curas párrocos instándoles a que hicieran firmar en sus respectivos distritos una protesta contra todo proyecto revolucionario. (1)

Los patriotas se alarmaron al saber que tenían en este hombre un enemigo tenaz y emplearon todo su poder para que el anciano obispo lo separase de su lado y de su puesto, confiándolo al canónigo don Domingo Errazuriz que simpatizaba con el nuevo orden de cosas que se había implantado.

(1) Historia de la Independencia de Chile, por Barros Arana. Tomo 1. pág. 114.

Pero Rodríguez aunque separado de su puesto no cesaba de hacer todo lo que de él dependía en favor de la reacción, actuando como corresponsal del Virrey del Perú y de los jefes militares de los españoles, a quienes informaba del estado de cosas dentro del país.

El gobierno español reconoció estos servicios haciéndolo nombrar obispo de Santiago al ocurrir la muerte de Aldunate, cargo que no podía desempeñar a causa de sus malas relaciones con los chilenos que dominaban el país.

Pero el 2 de octubre de 1814 las tropas realistas tuvieron una victoria significativa en las calles de Rancagua que obligó a los patriotas a dispersarse, permitiendo al coronel Osorio, héroe de la jornada, restaurar el régimen que había caído hacía apenas algunos años. Una de sus primeras medidas fué la de hacer venir a la capital a Rodríguez, poseedor del título de obispo electo de Santiago. Una numerosa escolta lo

acompañó hasta la capital y Osorio lo recibió como a uno de los mejores defensores del rey. Tomó posesión del obispado, aunque su consagración tuvo lugar recién en 1816, y el 12 de octubre de 1814 dirigió al virrey del Perú una carta en la que le refiere los triunfos recientes de las armas realistas haciéndolo con un entusiasmo tal que superaba al que podía haber tenido el más ardiente conservador europeo. En esta carta llama a los patriotas "monstruos sin alma y sin conciencia" y dice "que no se han negado a ningún delito, y en sus últimos apuros cometieron el sacrilegio execrable de despojar los templos de sus alhajas, y cuanto conducía a la solemnidad del culto. De la catedral sólo se robaron más de dos mil marcos de plata y en las demás iglesias sólo dejaron lo preciso para la celebración de los oficios divinos."

Dirigió también una circular a los párrocos, y parafraseando la Epístola de Judas habla de los patriotas llaman-

dolos “nubes sin agua llevadas de acá para allá de los vientos; árboles marchitos como en Otoño, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados; fieras ondas de la mar, que espuman sus mismas abominaciones; estrellas erráticas, a las cuales es reservada eternamente la obscuridad de las tinieblas.”

Después de la batalla de Chacabuco, Chile quedó nuevamente en poder de los patriotas, y ya sea por falta de tiempo o por creer que estaba seguro, dadas sus muchas influencias, el obispo Rodríguez no huyó como lo hizo su colega de Concepción. O'Higgins al hacerse cargo del gobierno ordenó que Rodríguez fuese transportado a Mendoza junto con tres canónigos y el provisor de la diócesis.

A pesar de hallarse en Mendoza el obispo no había dejado de ser un elemento peligroso, lo que se desprende fácilmente del oficio que en marzo de 1817 O'Higgins dirigió al Gobernador de Cuyo pidiéndole que Rodríguez y los

otros clérigos desterrados fuesen confinados en la provincia de San Luis. He aquí el texto del oficio:

“No podría conservarse la opinión política sin remover el influjo que contra ella tienen en este reino el obispo don José Santiago Rodríguez, los canónigos don Manuel Vargas, don José Antonio Rodríguez, y el provisor don Juan de Dios Arlegui. Estos obstinados enemigos de nuestras ideas deben colocarse fuera del círculo de nuestros negocios, ya que el blando carácter americano no podría ver con indiferencia la ejecución que tienen merecida todos estos sujetos.

En consecuencia, suplico a U. S. que sean trasladados con la brevedad que las circunstancias permitan, a la ciudad de San Luis, cuyo punto considero el más adecuado para aislar las trascendentes relaciones de estos empecinados.

Quedo dispuesto a corresponder igua-

les servicios siempre que la causa pública lo pida y U. S. lo disponga.—Dios guarde a U. S. muchos años.—Santiago Marzo 11 de 1817. Bernardo O'Higgins. Gobernador Intendente de la provincia de Cuyo."

En 1821 el obispo Rodríguez se dirigió humildemente a O'Higgins, rogándole que le permitiese residir en Chile a causa de las incomodidades del destierro y a la necesidad que a su edad ya avanzada tenía del clima de su amada patria, y el Director le concedió ese favor, ordenándole que fijase su residencia en Melipilla. En 1822, el día del cumpleaños de O'Higgins, cuando éste concedía muchas gracias, se acordó también de Rodríguez, quien parecía que había dejado de ser un personaje peligroso y le restituyó su obispado.

Por su parte, el obispo Villodres, de la ciudad meridional de Concepción, empleaba toda su influencia para obstaculizar a los revolucionarios.

Oigamos acerca de este prelado lo que dice el escritor chileno don Luis Barros Borgoño:

“Había estudiado leyes y cánones en la famosa universidad de Salamanca; y poseía junto con la lealtad más inquebrantable al rey y al sistema absoluto que imperaba en España todas las ideas y todo el carácter que debían constituirlo en uno de los más firmes campeones de la dominación que se trataba de derribar. El obispo Villodres era, pues, un enemigo formidable de la revolución de la independencia.

“El arribo a Concepción, en marzo de 1813, del brigadier Pareja que venía a Chile, a traer la guerra en nombre del Rey de España, permitió por fin al obispo Villodres manifestar su sentimiento político con más resolución y franqueza. Hizo en su catedral una aparatosa ceremonia religiosa en celebración de la llegada de los soldados invasores, y subiendo él mismo al púlpito,

felicitaba a la provincia de Concepción por haber sido destinada por la Providencia para que de su suelo partiera el rayo exterminador que iba a poner término a la obra de los impíos, enemigos de Dios.”. (1)

Al partir el brigadier Pareja confió al obispo Villodres el gobierno temporal de la provincia, pero le fué de muy efímera duración debido a que el ejército de Pareja sufrió varios golpes adversos y huyendo a Chillán, la ciudad de Concepción fué recuperada por los patriotas. El obispo, viendo que su seguridad era muy problemática, abandonó a sus feligreses y embarcándose en Talcahuano, fué a refugiarse en el Perú.

¿Cómo respondía el clero a la conducta de sus obispos? Hubo en Chile, como en todos los países del continente, algunos clérigos superiores que supieron emanciparse de la influencia reaccionaria de la iglesia en la cual militaban, pero como regla general, el clero en Chile combatió a los revolucionarios,

(1) Misión del Vicario Apostólico Juan Mnzi. Pág. 22.

mayormente cuando la causa de la independencia corría peligros. Oigamos al conocido escritor don Diego Barros Arana:

“El púlpito, del cual sólo se habían oído bajar palabras de dulzura (sic) y conciliación, fué convertido por algunos religiosos autoritarios exaltados en el órgano de la más acendrada fidelidad al monarca cautivo y al consejo de regencia. Uno de ellos, el mercedario fray José María Romo, en un sermón predicado en las misiones de San Ramón, el 29 de Agosto, habló largamente contra los revolucionarios, tumultuosos y traidores, señalando entre éstos a los hombres más distinguidos de la sociedad chilena, que trataban de imitar la pérfida conducta del pueblo de Buenos Aires. ‘El escándalo de nuestros días—decía,—lo que arranca lágrimas y gemidos a las almas justas, lo que hace estremecer los atrios de la casa del Señor, es ese espíritu revolucionario y altanero que reina en muchos de nuestros ama-

dos chilenos que se creen verdaderos patriotas cuando no hacen más que desnudar el cuello de la patria para el degüello. Hablemos claro, que ninguna cosa embaraza más que ésta el negocio de nuestra salvación y ninguna puede acarrearnos mayores males; ¿cómo podrán pensar en su salvación unos cristianos conmovidos y agitados con ese nuevo plan de gobierno, contra las leyes de la monarquía y contra los preceptos de Dios' ” (1)

Como se desprende del mismo sermón, éste fué predicado cuando los chilenos hacían sus primeros trabajos en favor de la independencia. Era un esfuerzo clerical para sofocar una noble aspiración en el mismo acto de su aparición. Las comunidades religiosas, que tanta influencia tenían en la sociedad chilena, también obraban secreta y públicamente en favor de la monarquía. Dice el escritor citado: “Las comunida-

(1) Historia de la Independencia de Chile. Tomo 1, pág. 120.

des religiosas de agustinos y mercedarios, cuyos provinciales habían hecho grandes esfuerzos para arrancar un asiento en la reunión de las corporaciones, y los monasterios de monjas elevaron sus reclamos en el mismo sentido al supremo tribunal, a fin de impedir a todo trance el cabildo abierto fijado para el día 18." (1)

Cuando la revolución triunfó, el clero cambió de actitud y se puso en favor de los patriotas, pero el triunfo de la revolución fué de corta duración, y ese mismo clero no tardó en volver a ser realista. La actitud del clero en Chile se asemeja a la del murciélago de la fábula de Lafontaine. Este animalito, cuando se encontraba entre las aves, mostraba las alas, y decía: "yo soy pájaro", y si se hallaba entre los mamíferos, mostraba los dientes, y decía: "yo soy ratón". Así, el clero de Chile se arri-
maba al sol que más calienta y era re-

(1) Obra citada. Tomo 1, pág. 135.

volucionario cuando la revolución triunfaba, y realista cuando la revolución perdía. Citemos nuevamente a Barros Arana:

“El clero, en efecto, había perdido ya esa actitud amenazante para el nuevo gobierno, porque muchos de sus miembros, viendo frustradas sus anteriores predicciones, no trepidaron en sancionar y aplaudir la junta que antes rechazaban. Las comunidades, comenzando por Santo Domingo, celebraron misas de acción de gracias en honor del gobierno instalado.” (1)

Pero, cuando el coronel Ossorio entró en Rancagua y a raíz de este hecho de armas, Chile fué reconquistado por los realistas, el clero se hizo realista también. Ossorio había proclamado Patrona de su ejército a la Virgen del Rosario y en su parte al virrey atribuía a esa imagen la razón de su triunfo, y el clero se encargaba de explotar esta superstición

(1) Historia de la Independencia de Chile. Tom. 1, pág. 157.

y mariolatría en favor de la Iglesia de Roma y de la causa de la corona. Todas las comunidades religiosas se esforzaban en tener la efímera gloria de ser la que mejor y con más suntuosidad celebraba la derrota de los chilenos.

Un curioso manuscrito titulado "Relación de la Conducta observada por los padres misioneros del Colegio de Chillán" trae minuciosos detalles de los festejos que tuvieron lugar en aquel pueblo.

Al llegar la noticia de la toma de Rancagua por las tropas realistas, inmediatamente se entonó un solemne *Te Deum* en la iglesia de San Francisco y se cubrieron de banderas todas las torres de las iglesias. Las calles se adornaron con arcos improvisados aprovechando todo el ramaje y las flores de que se podía disponer. Los frailes salían de sus claustros y dirigían jubilosos todos los trabajos de ornato. Nunca se habían efectuado en aquel pueblo fiestas más animadas y en las que la Iglesia tomase

tanta participación. Los padres misioneros organizaron dos grandes procesiones, a las que acudieron con todos los elementos de que pudieran disponer. Cuanto fetiche venerado por la idolatría había en las iglesias fué sacado a tomar el sol y los fieles se disputaban el "honor" de conducirlos por las calles. En una espaciosa carreta había sido colocado el órgano de la iglesia principal, que dejaba oír sus acordes para dirigir el canto que entonaban los niños, que vestidos de ángeles habían sido llevados para dar todo el efecto teatral posible a la ceremonia. Esas fiestas no se limitaron a un día ni a una semana, sino que duraron cerca de un mes.

San Martín con sus granaderos cruzó los Andes y después de librar con éxito la batalla de Chacabuco, Chile se encuentra de nuevo en poder de los patriotas. Cesó entonces la hostilidad pública de parte del clero, pero continuó la secreta y silenciosa. Barros Arana se expresa así:

“Por desgracia, la idea de la independencia, tan generalmente difundida en todas las clases de la sociedad, encontraba todavía en el clero un tenaz enemigo que la combatía sin cesar por cuantos medios estaban a su alcance, en el púlpito, en el confesonario y haciendo valer el influjo que les había granjeado su sagrado ministerio. Inútil había sido que O’Higgins y San Martín hubiesen asumido una actitud enérgica para castigar a los sacerdotes que con tanto calor y descompostura atacaban desde la cátedra del Espíritu Santo a los insurgentes de Mendoza y a su proyecto de invadir a Chile. Inútil también había sido que los gobernantes hubiesen querido atraerse a los sacerdotes menos exaltados, porque al paso que ellos disimulaban sus opiniones, seguían combatiendo por medios secretos a los revolucionarios chilenos. Su influjo en las familias producía violentas escisiones en las cuales las mujeres y los hombres de espíritu y débil y apocado se pronunciaban

de ordinario contra la causa de los insurgentes.” (1)

Era especialmente en el sur del país donde esta guerra revestía un carácter más peligroso. Los franciscanos de Chillán no cesaban de predicar contra los insurgentes llamándolos herejes, impíos, abortos del infierno y otras cosas que abundan en el vocabulario clerical, y los presentaban como a enemigos de todo orden moral y civil a quienes era menester combatir, sin reparar en los medios ni elegir las armas. Ellos mismos declararon que al faltar el papel para la fabricación de cartuchos de papel, dispusieron de los libros de su biblioteca, y cuanto libro de misa, vida de santo y breviario pudieron hallar sirvió para envolver proyectiles destinados a combatir la revolución americana. O'Higgins trató de evitar esa propaganda. Al pasar por Chillán pudo darse cuenta de la actitud hostil de las comunidades. Se

(1) Historia de la Independencia de Chile.

dirigió entonces por circular a los curas, exigiéndoles un cambio de actitud, y que predicasen en favor de la independencia, y aun en el confesonario se hiciese propaganda en el mismo sentido, y pidió a la capital que mandase a Chillán unos seis u ocho frailes para que ocupasen el convento de los misioneros.

No había parroquia donde los curas no hiciesen poco o mucho en contra de los patriotas. En Valdivia un fraile fulminaba desde el púlpito a los revolucionarios y anunciaba la próxima aparición del anticristo. En Osorno, otro predicador decía que la caída del poder español significaba el triunfo del impío Napoleón, quien profanaba los sacramentos, decía, haciendo comulgar a los caballos. Así sublevaba los sentimientos religiosos de sus parroquianos contra los revolucionarios.

El sacerdote Cienfuegos, que estaba al frente de los asuntos eclesiásticos de Santiago, pasó una circular a los curas

párrocos ordenándoles argüir en favor de la independencia. Algunos curas, de mala gana obedecían estas órdenes y ahora los clericales nos dicen: "Vean cómo los curas predicaban en favor de la independencia". No dicen que antes predicaban en sentido contrario y que al cambiar su actitud lo hacían sólo por obedecer órdenes superiores, y no de propia voluntad.

San Martín, después de la batalla de Chacabuco, se permitió algunos hechos jocosos, que Mitre llama muy acertadamente "humoradas de vencedor". Entre los enemigos de la independencia había un fraile agustino llamado Zapata, que había dicho desde el púlpito que era una blasfemia llamar "San Martín" al general argentino, y que había que llamarlo

"Martín", secamente, como a Martín Lutero, el jefe de la Reforma protestante. Al hallarse en Santiago, San Martín hizo comparecer al fraile a su presencia, y ya podemos imaginar con

qué mala gana comparecería, teniendo tanto temor como tenía de aquel a quien suponía un hombre enemigo de todo lo bueno. Con ademán terrible y fulminándolo de una mirada, San Martín lo apostrofó de esta manera:—“¡Cómo! ¡Vd. me ha comparado a Lutero, sacándome el “San” de mi apellido?”—El fraile temblaba como una hoja marchita. “¿Cómo se llama Vd.?” le pregunto. “Zapata, señor general”,—respondió el fraile con mucha humildad. “Pues yo le quito el “Za” en castigo por haberme quitado Vd. a mí el “San”. Desde entonces era conocido con el nombre de “el cura Pata”. (1)

(1) Mitre. Historia de San Martín. Tomo II. Cap. XIV.

CAPITULO TERCERO



CAPITULO TERCERO

El arzobispo Las Heras y el general San Martín. — El obispo Orihuela y sus ataques a los patriotas. — Prisión del obispo Marfil y hostilidad de varios prelados más. — Una pastoral injuriosa.

No faltaron tampoco en el Perú sacerdotes americanos que estaban cansados del régimen imperante y aspiraban a ver cosas mejores en la tierra de sus cariños, pero la influencia poderosísima de la Iglesia papal fué uno de los mayores obstáculos que tuvieron que vencer los patriotas, como lo veremos al referir la conducta de los hombres dirigentes del catolicismo en el Perú.

Al estallar la revolución en la ciudad

del Cuzco, el 2 de Agosto de 1814, el obispo de esa diócesis se calló, pues dominando en ella los patriotas le hubiera sido difícil manifestar su desconformidad con el movimiento, pero el arzobispo de Lima, don Bartolomé María de Las Heras, quien había sido obispo del Cuzco y se encontraba lejos del peligro, dirigió a sus antiguos feligreses, el 26 del mismo mes y año en que estalló el movimiento, una sentida pastoral en la que con sinceridad, que no tenemos por qué poner en duda, manifestaba con lágrimas el dolor de su corazón por lo ocurrido y apelaba al cariño que mutuamente se tenían para que sus antiguas ovejas depusieran las armas y continuaran manteniendo el régimen establecido por la monarquía. He aquí algunos párrafos de la pastoral: "Los espantosos aullidos del lobo infernal parece han resonado ya en el seno tranquilo de ese apacible rebaño; y por el órgano funesto de los novadores políticos intenta descarriarlo. El doloroso y siempre abominable trastorno del sistema civil, a que

únicamente afectan dirigir sus empresas los genios sediciosos, es en todas ocasiones seminario de horrores y desastres que detesta la moral.” “Tended la vista por las provincias vecinas, y después de tan costosos sacrificios por sus imaginadas mejoras, ¿cuáles han sido los frutos de su obstinada resistencia? Triunfos efímeros, promesas ilusorias, esperanzas vanas. Sólo hallaréis de cierto en todas partes inmoralidad, disolución y desorden. Estos son, pues, los preciosos bienes que hoy va a producir, si es que por desgracia no los ha producido ya, ese miserable puñado de tumultuarios.” (1)

No obstante, la revolución seguía en marcha, ganando terreno diariamente, y desde el norte al sur los patriotas dirigían sus fuerzas hacia el Perú, último baluarte de la dominación realista en la América Meridional. El año 1821 San

(1) La Pastoral íntegra puede leerse en «Documentos Históricos del Perú», por Manuel de Odriozola. Tomo III. Pág. 259 y en los «Anales» de Carlos Calvo. Tomo V. Pág. 96.

Martín logró cercar a Lima y entrar en ella triunfante. Como era natural, hubo entonces un gran éxodo de españoles, pero el arzobispo Las Heras se quedó en la ciudad, tal vez debido a su edad avanzada o a su deseo de servir hasta el fin a la Iglesia que pastoreaba. Era uno de aquellos hombres convencidos de que era inútil continuar resistiendo los anhelos de independencia, y como prelado, juzgaba que su actitud correcta era aceptar el nuevo orden de cosas como un hecho consumado y continuar sirviendo a la Iglesia. San Martín, al tener conocimiento de que no había salido de la ciudad cuando él entró, le dirigió una nota muy afable manifestándole su complacencia por esa actitud y asegurándole sus buenos deseos para con su persona, a lo que el arzobispo contestó en términos no menos corteses y amables. No obstante, cuando se reunió el Ayuntamiento,—afirma el conocido historiador peruano don Mariano Paz Soldán,—(1) para considerar

(1) «Historia del Perú Independiente.» Tomo I. Págs. 186-190.

si se juraría la independencia, como lo proponía San Martín, “procuró con debates y argumentos pomposos e insustanciales paralizar la marcha que todo el Perú seguía”, pero añade, que “ni el respeto que influían sus venerables canas, sus distinguidos servicios a la Iglesia y sus virtudes como prelado, pudieron contener el irresistible impulso de las ideas dominantes.” Sin embargo, asistió al *Te Deum* con que se solemnizó la declaración de independencia. Esto último lo dicen los escritores clericales, pero callan que se había opuesto a que la independencia se declarase.

La cordialidad con San Martín, con todo, duró tan sólo poco más de un mes. Los enemigos estaban cerca y Lima estaba expuesta a caer de un momento a otro, nuevamente en poder de los españoles. San Martín estaba muy lejos de tener confianza en los elementos clericales y sabiendo que las llamadas casas de ejercicios eran focos de conspiración, quiso neutralizar toda la obra

antipatriótica que se hacía en ellas, y dirigió, por medio de su ministro Montegudo, un oficio al arzobispo ordenándole que mandase cerrarlas, porque, decía, era deber del gobierno evitar los males que a la sombra del celo podría causar el espíritu de resistencia. “En este caso se hallan por ahora—agregaba textualmente — las casas de ejercicios que hay en esta ciudad, donde ha sido informado S. E. que se hacen abusos de seria trascendencia a la causa del país, empleando contra ella el venerable influjo del ministerio sacerdotal. En esta virtud me ordena el Excmo. señor Protector prevenga a V. S. I. que por ahora se suspendan los ejercicios en aquellas casas.”

El arzobispo contestó haciendo un elogio de esas casas, diciendo que desde que habían sido fundadas por los papas habían hecho mucho bien, y que “sin escrúpulo de conciencia y sin aventurar al disgusto público no es posible deliberarse a mandar que se cierren. Si en ellas

se cometiere algún exceso, o cualquier confesor pretendiere turbar la paz o el orden público, inmediatamente que se sepa se tomarán las providencias correspondientes."

El gobierno contestó que sus órdenes eran irrevocables y que por lo tanto el arzobispo tenía que tomar una resolución sin pérdida de tiempo.

Las Heras contestó entonces por medio de una larga nota, en la que renunciaba al arzobispado por no poder permitir que el gobierno tomase medidas de esa índole ni aceptar el carácter de irrevocables que éstas tenían. Invocando sus 80 años de edad solicita pasaporte para Panamá, pues deseaba evitar las fatigas de un viaje por el Cabo.

Sin pérdida de tiempo el gobierno contesta "que los momentos actuales son demasiado preciosos a la salud de la patria, y no pudiendo S. E. el Protector detenerse a contestar ahora con razones

victoriosas el oficio de V. S. I. acepta la renuncia y dispone que en el término de 48 horas salga para villa de Chancay, hasta que haya buque para la Península.”

El arzobispo contestó que para no turbar la tranquilidad y orden del vecindario saldría con seis horas de anticipación, a la mañana del día siguiente.

Antes de abandonar la ciudad dirigió una nota muy sentimental a San Martín manifestándole su pesar por no poder despedirse de él con un abrazo. Le manifestaba que le dejaba varios objetos de su propiedad de regalo y como prueba de la simpatía que le tenía. (1)

¿Procedió San Martín con excesiva prudencia o había realmente peligro para la patria en las casas de ejercicios? ¿Quería el arzobispo obstaculizar a los patriotas con su negativa o procedía así

(1) Las notas cambiadas entre el gobierno y el arzobispo se hallan en «Documentos Históricos del Perú», por Odriozola. Tomo IV. Págs. 340-348.

por creer que el poder civil se extralimitaba en sus atribuciones?

Por su parte el obispo del Cuzco, don José Calixto de Orihuela, publicó el año 1820 una pastoral con este título:

“Carta Pastoral que sobre las obligaciones del cristianismo y la oposición de éste al espíritu revolucionario de estos últimos tiempos, dirige a los fieles de la santa iglesia del Cuzco, el ilustrísimo y reverendísimo señor D. Fr. José Calixto de Orihuela.”

En esta pastoral se transcribe íntegra la bula que el papa Pío VII lanzó contra la independencia americana, y de la cual nos ocuparemos más adelante.

En la Biblioteca del Museo Mitre se halla un ejemplar de esta pastoral que perteneció al general San Martín.

Hablando del obispo Orihuela, dice el historiador Paz Soldán: “El obispo del Cuzco que recibió en Tarma servicios distinguidos del general Arenales, le

aseguró con los mayores encarecimientos que no perdería ocasión de ser útil a nuestra causa por cuantos medios fueran lícitos en su ministerio. Este obispo fué uno de los más fervientes predicadores contra la independencia de su patria exigiendo a sus ovejas el más fiel vasallaje al Rey católico, la más cordial detestación a cuanto oliera a independencia y la sumisión absoluta al lugarteniente de Dios, el Rey Fernando VII. Es cierto que este mismo prelado una vez constituido el gobierno republicano y cuando nada tenía que esperar de su ídolo, y sí mucho que temer de Bolívar, no se ruborizó al injuriar con los más negros calificativos a los mismos que poco antes dirigía vergonzosas adulaciones." (1)

La conducta de los demás obispos del Perú no fué menos hostil. San Martín ganó a la causa de la libertad al marqués de Torre Tagle. Este reunió en Trujillo

(1) «Historia del Perú Independiente.» Tomo I.

a las personas notables que estaban al frente de los asuntos públicos, y que de alguna manera ejercían influencia en la marcha de los acontecimientos que se desarrollaban en el país. El historiador Paz Soldán al hablar de la conducta del obispo Marfil, en esta ocasión dice: "El reverendo obispo D. J. Carrion y Marfil, hombre de energía y resolución, a pesar de hallarse a los 74 años de su edad, fué uno de los que asistió a la junta, y con aquella firmeza de carácter de que dió pruebas hasta la muerte, dijo: que se debía resistir con energía; que entregaría 4.000 pesos para sostener parte de los gastos, como en efecto los entregó. Bien conocía el obispo cuales eran las miras de Torre Tagle, así como éste las de aquél y desengañado de que sus esfuerzos serían inútiles se retiró al pueblo de Troche, pocas leguas al sur de Trujillo; pero el influjo del obispo bastaba para neutralizar el progreso de la causa de la independencia; Torre Tagle se convenció de ello y lo mandó prender

con una partida de 30 hombres.” “Alejada la persona del obispo no había nada que temer y Trujillo juró su independencia el 29 de diciembre.” (1)

El prelado fué remitido preso a San Martín, quien se hallaba en Ancón, y éste, por respeto a sus canas y por creerlo así más conveniente a la causa de la revolución, lo puso en libertad, permitiéndole marcharse a Lima, donde, según afirma cierto escritor, continuó su obra de hostilidad a la independencia.

Fueron también enemigos de la independencia, el obispo de Huamanga, don Pedro Gutiérrez Cos, quien abandonó su diócesis cuando se acercaban las fuerzas del general Arenales; y su colega José Sebastián de Goyeneche, hermano del general español de este apellido, que luchó en el Alto Perú, quien secretamente había trabajado contra la independencia, hombre tímido que no daba

(1) «Historia del Perú Independiente.» Tomo I, págs. 121, 122

a conocer sus opiniones y que siempre quería aparecer como neutral.

El obispo de Mainas, fray Hipólito Sánchez Rangel, fué uno de los opositores más violentos que tuvo la revolución. Cuando Chapapoyas proclamó su independencia, huyó a la montaña por temor de caer en poder de los patriotas, pero cuando los acontecimientos tomaron un giro más favorable a su partido, regresó, y no cesaba de incitar al pueblo a proceder sin misericordia contra los independientes, contra quienes empleaba el lenguaje más impío e insultante que era posible emplear. Publicó una pastoral usando esa clase de vocabulario, y Paz Soldán dice que dudaría de que lo hubiera empleado si no hubiese pasado por sus manos uno de los muchos edictos que firmó, y si sus hechos no hubieran demostrado que deseaba de todo corazón llevar a cabo sus ideas. He aquí algunos párrafos de la edificante pastoral que se halla íntegra en los *Documen-*

tos Históricos del Perú. Tomo IV. Pág. 369:

“Salid al frente de esas gavillas de bandidos y bribones, presentad vuestros pechos al acero antes que condescender a un juramento que os hace perjuros para Dios y traidores a vuestro rey, a vuestra patria y a vuestra nación.”

*“No deis oído a esos viejos de Susana, que nosotros conocemos muy bien, ni a esos jóvenes disolutos que tanto hemos favorecido. Ellos son unos necios atenienses y torpes espartanos que a cubierto de su ignorancia quieren aparen-
tar los mismos nombres que deshonoran. Os quieren obligar a ofrecer incienso a Baal, despreciando al Dios de Israel. ¡Ingratos! ¡Inhumanos! Ese es el pago que nos dais y que dais a vuestros padres. ¿Ese es el beneficio que queréis hacer a vuestra patria? Todo hombre depende naturalmente de Dios y del que lo representa. El nombre nada más de independencia es el más escandaloso. Huid de él hijos, como del infierno.”*

“A cualquiera de nuestros súbditos que voluntariamente jurase la escandalosa independencia con pretextos frívolos y de puro interés propio lo declaramos excomulgado vitando y mandamos que sea puesto en tablillas. Si fuere eclesiástico lo declaramos suspenso y si alguna ciudad o pueblo de nuestra diócesis, le ponemos en entre dicho local y personal y mandamos consumir las especies sacramentales y cerrar la iglesia hasta que se retractare y juren de nuevo la constitución española y ser fieles al rey. Si alguno de vuestros hijos obediere a otro obispo que a Nos o a otros vicarios que los que Nos pusiéremos, u oyen misa de sacerdote insurgente o recibiere de él sacramentos, lo declaramos también excomulgado.”

Bastan los hechos mencionados para ver cuán ruda era la oposición que la iglesia romana hacía a la independencia en el Perú.

CAPITULO CUARTO



CAPÍTULO CUARTO

*Oposición clerical en toda Venezuela.
—El terremoto de 1812.—El arzobispo
y clero de Bogotá condenan la revolu-
ción.—En el obispado de Quito.—Ex-
tracto de sermones antipatrióticos.*

Cuanto más al norte vamos, más violenta y más tenaz es la hostilidad que la iglesia hace a la revolución americana. La predicación que el pueblo escuchaba en los templos amenguaba considerablemente las fuerzas revolucionarias y contribuía a levantar movimientos de reacción que a veces lograron dominar la situación, aunque finalmente fueron vencidos. El historiador Larrazábal ha dicho con verdad que “los sermones de

estos apóstoles del despotismo valieron a Monteverde (el jefe realista) más que sus obuses.”

El arzobispo de Caracas don Narciso Coll y Prat se mostró al principio partidario de la revolución. Cuando estalló la revolución se encontraba ausente en España, y a su regreso se apresuró a reconocer solemnemente a la nueva junta de gobierno que habían proclamado los patriotas y se manifestó del todo partidario del nuevo orden de cosas que hallaba en el país.

Poco tiempo después los realistas tramaron una conspiración y se supo que el arzobispo, y también uno de los canónigos más influyentes de la ciudad, y un cura distinguido, no sólo estaban al cabo de los planes fraguados en secreto, sino que eran personas indicadas para formar parte del nuevo gobierno que tenía que substituir al de los patriotas. Felizmente el complot fué descubierto y el gobierno pudo continuar en sus funciones.

El 2 de marzo de 1812 se instaló el Congreso al cual asistió el arzobispo, y aunque todos prestaron juramento religioso y prometieron proteger a la religión católica, el clero no cesó de obstaculizar a los patriotas por todos los medios posibles. Se distinguían en esta tarea, sobre todo, los misioneros capuchinos. “Estos—dice con acierto el historiador Restrepo— fueron los enemigos más decididos de la revolución de Venezuela, y en el curso de ella hicieron cuantos esfuerzos les fueron posibles para contrariarla, persuadiendo a los pueblos que el separarse de España y no obedecer al rey era un crimen atroz y una herejía imperdonable.” (1)

El arzobispo, que se hallaba rodeado de elementos partidarios de la emancipación, continuaba manifestando su adhesión a la revolución y con motivo de la jura de la independencia hizo que la iglesia se asociase a los festejos y hasta pronunció un discurso que fué publi-

(1) Historia de Colombia. Restrepo. Tomo I. Pág. 8

cado en *La Gaceta* en el que demuestra mucho entusiasmo por la causa americana.

No obstante, el Congreso a pesar de sus reiteradas manifestaciones de catolicismo, se disponía a tomar algunas medidas destinadas a hacer entrar al país en una nueva era de progreso. Abolió el odioso tribunal de la inquisición y los fueros eclesiásticos, medida esta última que provocó violentas protestas del arzobispo de Caracas y de todo el clero venezolano. El arzobispo, tal vez debido a su desinteligencia con el gobierno, se retiró a Narauli, desde donde,—dice el historiador Restrepo,—conspiraba contra los patriotas.

El 26 de marzo de 1812 un violento terremoto se sintió en muchas partes de Venezuela, destruyendo a su capital Caracas y ocasionando la muerte a más de 20.000 personas. “La circunstancia—dice Mitre,—de haberse hecho sentir el terremoto tan sólo en el territorio ocu-

pado por la revolución y de no sufrir nada las provincias de Coro, Maracaibo, y Guayana, fieles al rey, fué explotada por el clero, propicio a la reacción, predicando que era un castigo del cielo contra los impíos y los rebeldes." (1)

Se distinguía en esta prédica el prior de los dominicos de Caracas, afirmando que era un castigo manifiesto del cielo, azote de Dios irritado contra los novadores que habían desconocido al más virtuoso de los monarcas, Fernando VII, el ungido del Señor.

El gobierno se dirigió al arzobispo para que ordenara al clero no predicar en ese sentido, pero éste dejó pasar algún tiempo sin tomar medida alguna y cuando vió que la guerra se ponía favorable a los realistas publicó una pastoral en sentido contrario.

El general Miranda, indignado por este hecho resolvió apresarlo y hacerlo

(1) Historia de San Martín. Mitre. Tomo V. Cap. XXXVI.

salir del país pero otros juzgaron que la medida, aunque justa, no era oportuna y todo quedó sin efecto.

No hubo movimiento reaccionario en que el clero no tomase parte muy activa, figurando en primera fila el provincial de la Orden franciscana Pedro Hernández, quien, vencido en una de las revueltas fué condenado a muerte. Como la ejecución de un eclesiástico hubiera redundado en favor de los realistas, siempre interesados en hacer creer al populacho que los patriotas eran sacrílegos, y quienes hubieran sabido explotar el hecho para irritar a la gente religiosa, se le perdonó la vida dejándole en libertad. Poco tiempo después este mismo eclesiástico estaba al frente de otra revuelta.

En el territorio de la actual República de Colombia las cosas eran parecidas a las que ocurrían en el de Venezuela.

Sacristán, el arzobispo de Bogotá, se hallaba ausente cuando el pueblo grana-

dino nombró su primera junta de gobierno, pero llegó a Cartagena en el año 1810 y el gobierno temiendo, con sobrada razón, que este prelado siguiese la misma conducta que por todas partes seguían sus colegas, le envió a uno de sus representantes para advertirle que no debía pasar al interior del país sino quedarse ahí hasta que el gobierno creyese oportuno ordenar lo contrario. Así que el arzobispo permaneció en Cartagena algo más de un año. Después de este tiempo el gobierno creyó que no había motivo para mantener alejado al arzobispo y le envió seis mil pesos y autorización para que pudiese fijar su residencia en la cabecera de su arquidiócesis.

Se deseaba demostrarle, con este hecho práctico, que en el nuevo gobierno hallaría colaboradores que le permitirían desempeñar sus funciones religiosas sin ponerle trabas y hasta prestándole ayuda. Pero antes de que se pusiese en marcha llegó a poder del gobierno de Bogotá un oficio de la secretaría de estado de

la regencia española, dirigida al arzobispo, en la que se acusaba recibo de tres notas que éste había dirigido en las que demostraba su completa lealtad al gobierno de la península y su deseo de contribuir a su restablecimiento en América. Se le daban las gracias por la resolución que tenía de no reconocer al gobierno que se había constituido y se le encargaba que continuase haciéndose merecedor de la confianza que se tenía en sus relevantes méritos. Al encontrarse el gobierno con estos reveladores documentos en sus manos, se reunió la representación nacional y, después de larga deliberación, se resolvió que no debía permitirse que entrara en Bogotá un prelado como él, que había venido de España con el propósito deliberado de servir a los intereses de aquel país, obstaculizando la revolución; se dispuso, además, que el gobierno de Cartagena hiciese salir al arzobispo para la isla de Cuba.

Esta medida tan justa, no solucionaba el conflicto con la gente de iglesia, pues

el número de eclesiásticos reaccionarios era considerable, y entre ellos se hallaban los doctores Pey y Duquesne que estaban al frente de la arquidiócesis, y desde donde dirigían con astucia jesuítica todas las conspiraciones que se hacían contra el gobierno de Nueva Granada.

El clero levantaba al gobierno una formidable oposición basada en la cuestión del patronato que el papa Julio II, el año 1508, había concedido a los reyes de España. Los nuevos gobiernos que debieron haber imitado a los Estados Unidos separando por completo la iglesia y el estado mantuvieron para sí el derecho de patronato sobre la iglesia, sosteniendo que éste era inherente a la soberanía. Por su parte la iglesia le negaba este derecho, planteándose así un conflicto que aun no está resuelto, pero que a nadie preocupa mayormente. La cuestión de los diezmos era también hábilmente explotada por el clero y un tercer objeto de dificultades era la venta de las bulas, privilegio concedido por el papa a los reyes

españoles, y que las autoridades nacionales no querían usar hasta celebrar un acuerdo con la sede pontificia.

“Prevalidos—dice Restrepo—los enemigos de la independencia de la falta de bulas y especialmente muchos eclesiásticos fanáticos, seculares y regulares, figuraban a los ciudadanos mil peligros en sus conciencias para absolverles en la confesión y no permitían que comieran carne en los días que la iglesia romana había señalado como de abstinencia, en una palabra, querían persuadir, que con la declaratoria de la independencia absoluta ya no existían los privilegios de las bulas, que faltando éstas las puertas del cielo se habían cerrado para los granadinos.” (1)

Entre los actos de hostilidad los historiadores señalan la contra-revolución que encabezaron en 1813 los curas Jorge y Pedro Antonio Vázquez, seguidos de muchos otros eclesiásticos; la contribu-

(1) Historia de Colombia. Tomo I. Pág. 270.

ción a que permaneciesen adictas a la monarquía varias provincias y a que otras volviesen a estar bajo su dominio.

Tan fuerte fué la oposición que a principios del año 1816 la revolución sucumbía ahogada en sangre y fuego ante el avance del general Morillo que había dado a la lucha todo el carácter de una guerra religiosa, declarando en todas sus proclamas que el ejército venía a restaurar la religión.

Morillo para dar pruebas de su catolicismo restableció el tribunal de la inquisición, y encontró en el clero, por regla general, colaboradores entusiastas y resueltos a todo.

La oposición de la iglesia se dejó sentir también en Popayán, donde el obispo Jiménez de Padilla se constituyó en un adversario decidido. Secundado por el provisor don José María Grueso fomentaba la rebelión en toda la región de Pasto, acudiendo con fuertes sumas de di-

nero al sostenimiento de las tropas realistas y lanzando continuamente excomuniones contra los patriotas. En sus terribles anatemas decía: "Son herejes y cismáticos detestables los que pretenden la independencia. Así, pues, los que defienden la causa del rey combaten por la religión; y si murieren, vuelan en derechura al cielo."

Una vez triunfante la revolución y convencido de que la lucha en contra sería del todo estéril, se dirigió a los curas que aun la continuaban exhortándoles a deponer las armas dándose por vencidos. No obstante él se resistía a reconocer la independencia y pidió a Bolívar pasaporte para España. Bolívar se lo negó y le dió órdenes para que quedase al frente de su obispado diciéndole que no debía confundir sus deberes de eclesiástico con sus sentimientos de nacionalidad.

No hay regla sin excepción. El obispo de Quito don José de Cuero no sólo no

se opuso a la revolución sino que contribuyó en algo a cimentarla. Al nombrarse el primer gobierno patrio, el 10 de Agosto de 1810, el obispo fué nombrado vice-presidente de la Junta. Su actitud no fué la de un entusiasta, si hemos de prestar fe al escritor inglés Stevenson (1), testigo ocular de los acontecimientos que se desarrollaban en aquellos días en el Ecuador, pues dice que el obispo no asistió a ninguna de las reuniones de la Junta de la cual era vice-presidente.

Más tarde ocupó la presidencia de la Junta y fué entonces cuando mostró su completa adhesión a la causa de la independencia. Pero la conducta del clero fué muy diferente a la del obispo. Un historiador ecuatoriano dice:

“El clero de Quito se había pronunciado en su mayor parte contra aquella innovación. Circulábanse versos manuscritos en que insultaban despiadadamen-

(1) Historical and descriptive narrative of 20 years residence in South America.

te a los patriotas, anteponiendo a cada estrofa un texto latino sacado de las escrituras o de los padres. En los más se invocaba la religión, como que la creían expuesta a perderse, arbitrio agitador que se tiene muy de viejo y que será repetido por siempre." Cevallos.

En Cuenca, el obispo Andrés Quintan y Aponte, "con un crucifijo en una mano y una espada en la otra, pasaba en revista a los indios y los exhortaba con elocuencia más que pastoral a armarse contra los enemigos de la monarquía." (1)

El obispo don Leonardo Santander, que había reemplazado a Cuero en el obispado de Quito, no quiso reconocer la independencia y se volvió a España acogiéndose al convenio hecho entre patriotas y realistas por el cual se permitía salir del país a los españoles que así quisiesen hacerlo.

El Americano, de Buenos Aires, en

(1) Stevenson. Obra citada. Tomo III. Pág. 40.

su número del 12 de noviembre de 1819, publicó un "Extracto de seis sermones predicados en Caracas en 1816, e impresos y circulados por orden del gobernador español, aprobados por el arzobispo, y mandados leer después de los divinos oficios en todas las iglesias de Venezuela de la comprensión de su mando". Los reproducimos.

Página 20. "Un rey participa de la divinidad: él es otro hombre desde el momento en que recibe la investidura de la augusta dignidad. Le corresponde el nombre mismo de Cristo, nombre consagrado a designar al hijo del Altísimo. En poder excede toda la grande y venerable fuerza de su imperio."

Página 72. "Americanos, yo me dirijo ahora a vosotros. Los reyes de España son los que siempre han aliviado vuestras miserias; los que en todos los tiempos os han protegido contra una multitud de enemigos peligrosos; los que os han conservado en paz y felici-

dad; los que han anhelado siempre por vuestra ilustración; cuidadosos de vuestras producciones y de las manufacturas y empresas mercantiles análogas a vuestras circunstancias, y si ellos os han privado de la libertad de comercio con los extranjeros ha sido solamente para preservaros del libertinaje, del fanatismo y del espíritu de independencia e irreligión, que esta clase de gente introduce con sus mercaderías.”

Página 77. “Nuestros principios tienen también en su favor la confirmación de la santa sede, más particularmente la del papa Alejandro VI, el cual después de las más serias meditaciones los declaró por su bula señores de las indias occidentales, y fulminó las más graves excomuniones contra cualquiera clase de personas aunque fuesen emperadores o reyes, que sin expreso permiso de nuestros monarcas se ingiriesen en la conquista de las indias chicas. ¿Y podrá dudar alguno de que todos los insurgentes del día, que han invadido las posesiones de nuestros

monarcas, están sujetos a la pena de la excomunión?"

Página 84. "La autoridad soberana de los príncipes no depende de ningún pacto que hayan celebrado con sus súbditos, sino de la voluntad y determinación de Dios. Es obra de la divina sabiduría el que hayan de existir príncipes, monarquías e imperios, como lo es que deben existir inferiores y vasallos. No hay poder en el cielo ni en la tierra que no emane de Dios. Los príncipes reciben su autoridad inmediatamente de Dios, y no del pueblo. Aquella deslumbrante quimera de igualdad que es el verdadero origen de la misma insubordinación, fué también,—venezolanos,—la que hubo de privar a este país, tan católico, de su religión y de su rey. La libertad de culto y de religión estuvo ya, para sancionarse como el principal artículo de los planes impíos de aquel sistema; y antes de ser sancionados estos horrores, ya se han practicado entre nosotros la libertad de conciencia y de culto."

CAPITULO QUINTO



CAPITULO QUINTO

El Vaticano y los Potentados.—La Bula del Papa Pío VII contra la Independencia Americana.—Bula del Papa León XII en el mismo sentido: su autenticidad.—Texto íntegro de la misma.—Efectos producidos por la actitud hostil del Pontificado.

La oposición tan encarnizada que todos los obispos del continente hacían a la causa de la independencia, obedecía a funestas inspiraciones del Vaticano, siempre interesado en gozar del favor de los monarcas, cumpliendo de este modo la profecía apocalíptica que representa a la iglesia romana por medio de una ramera montada sobre una bestia ber-

meja, vestida de púrpura y escarlata, adornada con oro, piedras preciosas y perlas, llevando en su mano un cáliz de oro lleno de las abominaciones y de la suciedad de sus actos inmorales, la cual “ha fornicado con los reyes de la tierra”. Apocalipsis, Cap. 17. Desde los días de Constantino la iglesia papal anda cabalgando sobre el estado y es debido a esto que sus más encumbrados representantes, en lugar de seguir el ejemplo del divino Maestro que se ponía siempre del lado de los más débiles, sólo piensan en procurarse el favor de las cortes y de los potentados.

El 30 de Enero de 1816, el papa Pío VII condenó la independendencia americana por medio de una bula dirigida a los obispos de América, cuyo texto es el siguiente:

“Venerables hermanos e hijos queridos, salud, y nuestra apostólica bendición. Aunque nos separan inmensos espacios de tierras y mares, nos es bien co-

nocida vuestra piedad y vuestro celo en la práctica y predicación de la religión santísima que profesamos. Y como sea uno de sus más hermosos y principales preceptos el que prescribe la sumisión a las autoridades superiores, no dudamos que en las conmociones de esos países, que tan amargas han sido para nuestro corazón, no habréis cesado de inspirar a vuestra grey el justo y firme odio con que debe mirarlas. Sin embargo, por cuanto hacemos en este mundo, las veces del que es Dios de paz, y que al nacer para redimir al género humano de la tiranía de los demonios, quiso anunciarlo a los hombres por medio de sus ángeles, hemos creído propio de las apostólicas funciones (que aunque sin merecerlo, nos competen) exitaros más en esta carta a no perdonar esfuerzos para desarraigar y destruir completamente la cizaña de alborotos y sediciones que el hombre enemigo sembró en estos países. Fácilmente lograréis tan santo objeto, si cada uno de vosotros demuestra a sus ovejas, con todo el celo que pueda, los

terribles y gravísimos perjuicios de la rebelión, si presenta las singulares virtudes de nuestro carísimo hijo en Jesucristo, Fernando, vuestro rey católico, para quien no hay nada más precioso que la religión y felicidad de sus súbditos, y finalmente si le ponéis a la vista los sublimes e inmortales ejemplos que han dado a Europa los españoles que despreciaron vidas y bienes para demostrar su invencible adhesión a la fe, y su lealtad hacia el soberano. Procurad, pues, venerables hermanos e hijos queridos, corresponder gustosos a nuestras paternales exhortaciones y deseos; y recomendando con el mayor ahinco la fidelidad a vuestro monarca, haced el mayor servicio a los pueblos que están a vuestro cuidado y acrecentad el afecto que vuestro soberano y Nos os profesamos, y vuestros afanes y trabajos lograrán por último, en el cielo, la recompensa de Aquel que llama bienaventurados e hijos de Dios a los pacíficos.

Entretanto, venerables hermanos e hi-

jos queridos, asegurándoos el éxito más completo en tan ilustre y fructuoso empeño, os damos con el mayor amor nuestra bendición apostólica. Dado en Roma, en Santa María la Mayor, con el sello del Pescador, el día 30 de Enero de 1816. De nuestro pontificado el décimosexto."

Esta bula fué citada a menudo por los obispos en sus pastorales contra los patriotas, y el obispo del Cuzco don Calixto Orihuela la transcribió íntegra para dar énfasis a su exhortación de resistir al empuje de la revolución. Este hecho hace que los elementos clericales nunca se hayan atrevido a poner en duda su autenticidad ni tenida por apócrifa.

León XII, a principios de su pontificado parece que se inclinaba a reconocer como un hecho consumado la existencia de estados independientes en el Nuevo Mundo; pero cuando el partido constitucional fué derrotado en la Península y Fernando VII volvía a ser monarca absoluto, apoyado por las na-

ciones que componían la Santa Alianza, el Pontífice celebró con gran pompa el acontecimiento y se puso por completo de su lado. Fué entonces cuando lanzó una bula en el mismo sentido que la de su antecesor, con fecha 24 de Septiembre de 1824.

Mitre, López, Barros Arana, Paz Soldán, Restrepo, Mier, y podemos decir todos los historiadores americanos, mencionan esta bula sin que jamás hayan tenido porque dudar de su autenticidad. No obstante, los elementos clericales la niegan. Esto dió origen a que el conocido escritor chileno don Miguel Luis Amunategui publicase el año 1874 un alegato histórico en el que con gran acopio de datos demuestra hasta la evidencia que la bula fué auténtica. Este alegato lleva por título: "*La Encíclica del papa León XII contra la independencia de la América Española*".

Una edición popular de esta obra ha sido hecha por el diputado argentino don Angel Giménez. A esa obra remitimos

a los que quieran estudiar a fondo la cuestión relacionada con la autenticidad de la bula, pero daremos aquí el resumen de los principales argumentos de Amunategui en defensa de su tesis. (1)

1d. La bula fué publicada el 10 de Febrero de 1825 en la *Gaceta de Madrid*, órgano oficial de la monarquía española, con un oficio del rey dirigido a los obispos, llamando la atención a la medida tomada por el pontífice. Nadie puede suponer que un rey invocaría una bula si ésta nunca hubiera sido lanzada, mayormente tratándose de un rey que mantenía cordiales relaciones con la corte papal, y menos aún que inventaría su texto.

2d. Si la encíclica hubiera sido falsa el nuncio papal en Madrid hubiera

(1) Ya terminado este trabajo acaba de aparecer una obra que confirma nuestras afirmaciones. Nos referimos a «La Iglesia en América y la Dominación Española» por don Lucas Ayarragaray, donde se trascriben los breves de Pío VII y León XII que el autor copió en los archivos secretos del Vaticano aprovechando del acceso que tenía a esos documentos siendo encargado de negocios de la Argentina ante el Vaticano. Esperamos que con esa publicación ya se darán por satisfechos los defensores del clero.

protestado por su publicación sin ninguna tardanza; pero tal protesta no se produjo nunca.

3d. En caso de que no lo hiciese el nuncio por temor a las galeras, como cándidamente algunos han supuesto, lo hubiera hecho el papa mismo, pues no se concibe que consintiese en que el rey con todo el consejo de Indias, le atribuyese bulas que nunca había lanzado.

4d. Poco tiempo después León XII accedió a un pedido del embajador español en Roma, y publicó una bula en el mismo tono que la anterior y que no ha sido puesta en duda, y que se halla en el Bulario bajo el número 102, pág. 343, con fecha 30 de Agosto de 1825.

5d. El papa León XII fué invitado directamente a pronunciarse sobre la autenticidad de la encíclica del 24 de Septiembre de 1824, y estuvo muy distante de negarla, y su silencio es una prueba de que el fué el autor.

6d. En 1827, el canónigo señor don

Miguel Ramos Aripe, ministro de Justicia y Negocios Eclesiásticos de Méjico, informó al Congreso de su país sobre las relaciones con Roma y al referirse a la bula de León XII la da como auténtica.

7d. El gobierno republicano de Méjico, por medio de sus agentes, informó al papa sobre las perturbaciones que la encíclica había producido en el clero y entre los fieles. Si hubiera sido apócrifa con seguridad que en aquella ocasión León XII lo hubiera declarado.

8d. Los redactores de *El Repertorio Americano*, que se publicaba en Londres, y que eran don Andrés Bello y don Juan García del Río, hablan de los efectos producidos en el Norte del continente por la encíclica, en el número correspondiente al mes de Agosto de 1827.

9d. El plenipotenciario de Chile en Londres, señor don Mariano de Egaña, escribió a su gobierno enterándolo de la acción del papa en contra de la independencia.

10d. Los liberales de los dos mundos levantaron un grito retumbante de indignación contra la encíclica. Don José María Blanco escribía en *El Mensajero*, de Londres, que “todo patriota hispanoamericano verá que la independencia de su país no estará completa hasta que haya cortado las alas a la disimulada ambición de Roma”. Don Joaquín Lorenzo Villanueva sostuvo la misma opinión en un artículo inserto en el número 17, correspondiente al mes de Agosto de 1825, de los *Ocios de Españoles Emigrados*.

11d. El sacerdote mejicano don Servando Mier publicó un folleto el año 1825, conteniendo un discurso contra la encíclica de León XII. Mier advierte a Roma de que si persiste en su obstinación la iglesia de Méjico se independizaría volviendo “al estado primitivo, a aquellas reglas legítimas, inspiradas por el Espíritu Divino.”

Esto equivalía a decir que la unión

con Roma impide la constitución de una iglesia conforme al modelo divino que se halla en el Nuevo Testamento. Mucho hubiera ganado la piedad verdadera si los sudamericanos hubieran roto sus vínculos religiosos con Roma, con la misma determinación que rompieron los políticos con España.

Muchas otras razones da Amunategui en su obra ya citada, pero las que hemos entresacado demuestran que un estudio crítico y desapasionado de la materia no deja lugar a dudas sobre la publicación y autenticidad de la bula de León XII. Por otra parte, conviene recordar que nada ganaría la causa clerical si se lograra demostrar que era apócrifa, pues quedaría siempre en pie la bula de Pío VII y la segunda bula de León XII, del año 1825, de cuya autenticidad no dudan ni los más apasionados clericales.

He aquí el texto de la bula publicada el 10 de Febrero de 1825 en la *Gaceta de Madrid*, órgano oficial de la monarquía:

“A los venerables hermanos los arzo-

bispos y obispos de América. León XII papa: venerables hermanos, salud y bendición apostólica. Aunque nos persuadimos habrá llegado a vuestras manos la encíclica que, en la elevación de nuestra humildad al solio de San Pedro, remitimos a todos los obispos del orbe católico, es tal el incendio de caridad en que nos abrazamos por vosotros y por vuestra grey, que hemos determinado, en manifestación de los sentimientos de nuestro corazón, dirigiros especialmente nuestra palabra. A la verdad, con el más acerbo e incomparable dolor, emanado del paternal afecto con que os amamos, hemos recibido las funestas nuevas de la deplorable situación, en que tanto al estado como a la iglesia ha venido a reducir en esas regiones la cizaña de la rebelión que ha sembrado en ella el hombre enemigo, como conocemos muy bien los graves perjuicios que resultan a la religión, cuando desgraciadamente se altera la tranquilidad de los pueblos. En su consecuencia no podemos menos de lamentarnos amargamente, ya observando la impuni-

dad con que corre el desenfreno y la licencia de los malvados, ya al notar como se propaga y cunde en contagio de libros y folletos incendiarios, en los que se deprimen, menosprecian, y se intenta hacer odiosas ambas potestades, eclesiástica y civil; ya, por último, viendo salir, a la manera de langostas devastadoras, de un tenebroso pozo, esas juntas que se forman en la lobrete de las tinieblas de las cuales no dudamos en afirmar con San León papa, que se concentra en ellas, como en una inmunda sentina, cuanto hay y ha habido de más sacrilego y blasfemo en todas las sectas heréticas.

Y esta palpable verdad, digna ciertamente del más triste desconsuelo, documentada y comprobada con la experiencia de aquellas calamidades, que hemos llorado ya en la pasada época de trastorno y confusión, es para Nos en la actualidad, el origen de la más acerba amargura, cuando en su consideración preveemos los inmensos males que amenazan a esa heredad del Señor por esta clase de desórdenes.

Examinándolos con dolor, se dilata nuestro corazón a vosotros, venerables hermanos, no dudando estaréis íntimamente animados de igual solicitud en vista del eminente riesgo a que se hallan expuestas vuestras ovejas.

Llamados al sagrado ministerio pastoral por aquel Señor que vino a traer la paz al mundo, no dejaréis de tener presente que vuestra primera obligación es procurar que se conserve ilesa la religión, cuya incolumidad es bien sabido depende necesariamente de la tranquilidad de la patria. Y como sea igualmente cierto que la religión misma es el vínculo más fuerte que une, tanto a los que mandan como a los que obedecen, al cumplimiento de sus diferentes deberes, manteniéndolos a unos y a otros dentro de su respectiva esfera, conviene estrecharla más, cuando se observa que la efervescencia de las contiendas, discordias y perturbaciones del orden público, el hermano se levanta contra el hermano, y la casa cae sobre la casa.

La horrorosa perspectiva, venerables hermanos, de una tan funesta desolación nos obliga hoy a exitar vuestra fidelidad por medio de nuestro exhorto, con la confianza de que mediante el auxilio del Señor, no será inútil para los tibios, ni gravoso para los fervorosos, sino que estimulando en todos vuestra cotidiana solicitud, tendrán complemento nuestros deseos.

*No permita Dios, nuestros muy amados hijos, que cuando el Señor visita con el azote de su indignación los pecados de los pueblos, retengáis vosotros la palabra a los fieles, que se hallan encargados a vuestro cuidado, con el designio de que no entiendan que las voces de alegría y de salud son oídas en los tabernáculos de los justos; que entonces llegarán a disfrutar el descanso de la opulencia y la plenitud de la paz, cuando caminen por la senda de los mandamientos del Señor, que inspira la alianza entre los príncipes y coloca a los reyes en el so-
lio: que la antigua y santa religión, que*

sólo es tal mientras permanece incólume, no puede conservarse de ninguna manera en pureza e integridad, cuando el reino dividido entre sí por fracciones, es, según la advertencia de Jesucristo Señor nuestro, infelizmente desolado, y que vendrá con toda certeza a verificarse por último que los inventores de la novedad se verán precisados a reconocer algún día la verdad, y a exclamar, mal que a su grado, con el profeta Jeremías: "hemos esperado la paz, y no ha resultado la tranquilidad, hemos aguardado el tiempo de la medicina, y ha sobrevenido el espanto: hemos confiado en el tiempo de la salud, y ha ocurrido la turbación."

Pero ciertamente nos lisonjamos de que un asunto de entidad tan grave, tendrá por vuestra influencia, con la ayuda de Dios, el feliz y pronto resultado, que nos prometemos, si os dedicáis a esclarecer ante vuestra grey las angustas y distinguidas cualidades que caracterizan a nuestro amado hijo Fernando, rey católico de las Españas, cuya sublime y só-

lida virtud le hace anteponer al esplendor de su grandeza el lustre de la religión y felicidad de sus súbditos; y si con aquel celo que es debido, exponéis a la consideración de todos, los ilustres e inaccesibles méritos de aquellos españoles residentes en Europa, que han acreditado su lealtad siempre constante, con el sacrificio de sus intereses y sus vidas en obsequio y defensa de la religión y de la potestad legítima. La distinguida predilección, venerables hermanos, para con nosotros y vuestra grey, que nos estimula a dirigiros este escrito, nos hace por el mismo caso estremecer tanto más por vuestra situación, cuando os consideramos mayormente oprimidos en la enorme distancia que os separa de vuestro común padre.

Es sin embargo un deber que os impone vuestro oficio pastoral el prestar auxilio y socorro a las personas afligidas, el descargar de las cervices de todos los atribulados el pesado yugo de la adversidad que los aqueja, y cuya sola idea

obliga a verter lágrimas; el orar por último incesantemente al Señor con humildes y fervorosos ruegos, como deben hacerlo todos aquellos que aman con verdad a sus prójimos y a su patria, para que se digne su Divina Majestad imperar que cesen los impetuosos vientos de la discordia y aparezca la paz y la tranquilidad deseada.

Tal es, sin duda, el concepto que tenemos formado de vuestra fidelidad, caridad, religión y fortaleza; y en tanto grado os consideramos adornados de estas virtudes, que nos persuadiremos cumpliréis de tal modo todos los enunciados deberes que os hemos recordado, que la iglesia diseminada en esas regiones obtendrá por vuestra solicitud la paz, y será magníficamente edificada, siguiendo las sendas del santo temor de Dios y de la consolación del divino espíritu.

Con esta confianza de tanto consuelo para Nos, para esta santa sede, y para

toda la universal católica iglesia, que nos inspiran vuestras virtudes, interín el cielo, venerables hermanos, derrama sobre vosotros y sobre la grey que presidís, el auxilio y socorro que le pedimos, os damos a todos con el mayor afecto la bendición apostólica. Dado en Roma en San Pedro, sellado con el sello del Pescador, el día 24 de Septiembre de 1824, año primero de nuestro pontificado.—En lugar de + del sello del Pescador.—JOSEF, cardenal Albani. (1)

En el Río de la Plata, Chile y Perú fué poco el efecto producido por la bula. *El Argos* de Buenos Aires, en su número del 8 de Junio de 1825, publicó un editorial escrito por don Ignacio Núñez, titulado “Roma”. Cita las palabras de un corresponsal que dice: “No es posible prever el efecto de esta pastoral, que no es apoyada ni por navíos de línea, ni por algunos miles de soldados, ni por un número bastante de millones de pesos.” En

(1) Copiada de La Misión del Vicario Apostólico don Juan Mu-
zi, por Luis Barros Borgogno. Pág. 237.

otro párrafo dice el articulista: "Por lo que respecta a la recomendación que su Santidad hace a sus arzobispos y obispos de América, ésta no debe infundirnos temor alguno. Esos prelados deben saber que "predicar en estos países" la sumisión al rey de España, es lo mismo que "predicar en desierto".

Si esto era así donde los enemigos de la emancipación ya no existían, no era la misma cosa tratándose de los pueblos del norte. En Méjico el gobierno procuró por todos los medios posibles que la bula no fuese conocida y desterró al director de un diario titulado *El Filántropo*, que se atrevió a publicarla.

Don José Manuel Restrepo habla de los efectos de la bula en Colombia, en estos términos:

"Divulgadas que fueron en Colombia estas noticias de Roma, causaron bastante alarma, excitadas por los fanáticos. Dijeron que el papa desaprobaba la in-

dependencia colombiana, y el gobierno que se habían dado los pueblos; por consiguiente, que aquélla y éstos eran opuestos a la santa religión de Jesucristo. Varios predicadores se valieron de tales argumentos para desencadenarse contra los magistrados de la república, a quienes pintaban como herejes, masones e impíos. Llegóse a temer una conjuración religiosa, pues ya se hablaba en los pueblos de restablecer la religión católica a su primitiva pureza, es decir, con la espada y el cañón. A fin de que pasara la borrasca fué necesario que el gobierno obrase con vigor y energía. Algunos predicadores fueron acusados, reducidos a prisión y juzgados por sus discursos sediciosos. Esta conducta rigurosa reprimió su orgullo e intolerancia, y dejaron de inflamar a los pueblos con sermones incendiarios." (I)

(1) Historia de la Revolución de Colombia. Tomo III. Pág. 409



....Pues en castigo de habermé suprimido, usted, el
"San" de mi apellido, yo le suprimo el "Za" del suyo.
Desde hoy, su nombre será "Padre Pata"....

CAPITULO SEXTO



CAPITULO SEXTO

El Catolicismo en Méjico. — El Episcopado condena al cura Hidalgo. — Hostilidad de los obispos de Puebla, Oajaca y Guadalajara. — La Inquisición de Méjico contra los patriotas. — Diversas manifestaciones de los elementos clericales. — Condena del cura Morelos.

Don Genaro García al publicar una importantísima colección de documentos relacionados con la historia de Méjico, dijo en el prefacio del tomo noveno:

“Las obras históricas impresas hasta hoy presentan comúnmente al clero bajo de Méjico como muy partidario de la guerra de la Independencia. Los documentos que ahora publicamos vienen a



....Pues en castigo de habermé suprimido, usted, el
“San” de mi apellido, yo le suprimo el “Za” del suyo.
Desde hoy, su nombre será “Padre Pata”....

CAPITULO SEXTO



CAPITULO SEXTO

El Catolicismo en Méjico. — El Episcopado condena al cura Hidalgo. — Hostilidad de los obispos de Puebla, Oajaca y Guadalajara. — La Inquisición de Méjico contra los patriotas. — Diversas manifestaciones de los elementos clericales. — Condena del cura Morelos.

Don Genaro García al publicar una importantísima colección de documentos relacionados con la historia de Méjico, dijo en el prefacio del tomo noveno:

“Las obras históricas impresas hasta hoy presentan comúnmente al clero bajo de Méjico como muy partidario de la guerra de la Independencia. Los documentos que ahora publicamos vienen a

demostrar lo contrario: que el clero bajo, salvo raras excepciones, fué incondicionalmente adicto a la monarquía española, porque predicaba acremente en púlpitos y fuera de ellos, contra los insurgentes, cuando no los combatía con las armas en las manos o los hostilizaba de otro modo, y porque agasajaba y hospedaba a los realistas, y les auxiliaba con dinero, y cedía las campanas de las iglesias para que fundieran cañones, y también les alentaba y confesaba en las batallas.” (1)

Estos renglones demuestran, que en Méjico como en las demás repúblicas del continente, el sectarismo no ha tenido inconveniente en engañar al pueblo haciendo decir a la historia todo lo contrario de lo que los hechos obligan a decir al que de veras escribe sin prejuicios ni fines subalternos. Pero “la mentira tiene las piernas cortas”, de modo que la verdad tarde o temprano la al-

(1) Documentos ineditos o muy raros para la historia de Méjico. Tomo 9. El Clero y la Guerra de la Independencia.

canza y la descubre arrancándole el manto de la hipocresía.

El hecho de que la revolución mejicana tuvo como jefes a dos curas, Hidalgo y Morelos, ha sido bien explotado por los elementos clericales, quienes se cuidan muy bien de no hacer saber que éstos fueron condenados por la Iglesia de la que formaban parte, como tendremos ocasión de verlo en el curso de este capítulo.

En Méjico la Iglesia Católica era poderosísima y muy rica. El historiador Alabana afirma que la totalidad de las propiedades del clero, tanto secular como regular, en fincas, y en dinero que prestaban cobrando intereses usurarios, no bajaba de la mitad del valor total de la riqueza pública del país. La renta anual de la iglesia se calculaba en 45.000.000 de pesos.

Entre el clero se encontraban los extremos de opulencia y de miseria. Había obispados que producían rentas superio-

res a cien mil pesos, donde se vivía con todo el fausto de una corte, y por otra parte muchos curatos no producían lo suficiente para que un pobre cura de aldea se pudiese sostener sin sufrir los horrores de la miseria. Eran los curas americanos los que siempre eran relegados a estos curatos pobres, y esto contribuía a irritarlos y a hacerlos suspirar por un cambio de régimen, en favor del cual hubieran luchado como todos los demás americanos si no hubieran sido impedidos por los prejuicios religiosos y el temor a las excomuniones papales.

El 16 de Septiembre de 1810 estalló la revolución encabezada por el cura de Dolores, don Miguel Hidalgo, pero lejos de hallar en la iglesia voces de aliento y cooperadores entusiastas, sólo encontró oposición y censura. Ocho días después del pronunciamiento, el 24 de Septiembre de 1810, el obispo de Mechoacan publicó una pastoral tan larga como furiosa condenando al cura Hidalgo y al movimiento por él encabezado. Los inte-

resados en leer toda la pastoral pueden hallarla en la obra de don Genaro García que hemos citado. He aquí algunos párrafos:

“Un ministro del Dios de Paz, un sacerdote de Jesucristo, un pastor de almas, (no quisiera decirlo) el cura de Dolores, don Miguel Hidalgo (que había merecido hasta aquí mi confianza y amistad) asociado con los capitanes del regimiento de la Reina, Don Ignacio Allende, Don Juan de Aldama y Don José Mariano Abasolo, levantó el estandarte de la rebelión y encendió la tea de la discordia y anarquía; y seduciendo a una porción de labradores les hizo tomar las armas, y cayendo con ellos sobre el pueblo de Dolores, el 16 del corriente al amanecer, sorprendió y arrestó a los vecinos europeos.”

“En este concepto y usando de la autoridad que ejerzo como obispo electo y gobernador de esta Mitra, declaro que el referido D. Miguel Hidalgo, cura de

Dolores, y sus secuaces, los tres citados capitanes, son perturbadores del orden público, seductores del pueblo, sacrilegos y perjuros, y que han incurrido en la excomunión mayor del Canon: "Siquis suadente Diabolo". Los declaro excomulgados vitandos, prohibiendo como prohibo, el que ninguno les dé socorro, auxilio y favor, bajo pena de excomunión mayor."

A la publicación de esta excomunión mayor siguió un pleito de frailes sobre la validez que podía tener o no tener la misma, pero el arzobispo de Méjico, Lizana y Meaumont, falló declarándola válida, y por su parte no quiso ser menos que el obispo Queipo y lanzó él también una pastoral condenatoria del movimiento revolucionario. He aquí algunos párrafos de aquel documento:

"Yo no puedo prescindir de avisaros el riesgo que corren vuestras almas y la ruina que amenaza a vuestras personas, sino cerráis los oídos a la tumultuaria voz

que se ha levantado en estos días en los pueblos de Dolores y San Miguel el Grande, y ha corrido hasta la ciudad de Querétaro. Algunas personas díscolas, entre las cuales oigo con dolor de mi alma el nombre de un sacerdote, digno de compasión y vitando por su mal ejemplo, parece son los principales fautores de la rebeldía."

Sigue con esta cantinela llorosa y luego apostrofando a Hidalgo dice:

"Dime, dime, pobre engañado por el Espíritu Maligno, tú que lucías antes como un astro brillante por tu ciencia, ¿cómo has caído, como otro Luzbel, por tu soberbia? ¡Miserable! No esperes que mis ángeles (los curas) vayan tras ti, como aquella multitud que arrastró el ángel cabeza de los apóstatas en el cielo; todos pelearán con el Prepósito de la milicia eclesiástica, y no se volverá a oír tu nombre en el reino de Dios sino para eternos anatemas! ¡Bendito sea el Señor que me ha consolado con la dicha de que

ninguno de mi clero haya manchado hasta ahora la buena opinión y espero que contribuirá como hasta aquí a la conservación de la quietud pública.”

Esta última frase demuestra que el clero había sido hasta entonces indiferente al movimiento revolucionario, salvo en lo que se trataba de combatirlo.

“Mirad, — añadía, — que el precursor del anticristo se ha aparecido en nuestra América para perderos.”

Después de largas consideraciones termina así:

“Ea, pues, carísimos hijos, volved a vuestras casas y familias, que estarán llorando vuestra ausencia y temiendo vuestra infeliz suerte. Volved sobre vosotros mismos... yo intercederé con el Excelentísimo señor Virrey por el perdón, y os aseguro que lo hallaréis dispuesto a perdonaros, usando toda la indulgencia y la equidad posible; no per-

donaré medio alguno para hacer presente vuestra docilidad y arrepentimiento."

"Vosotros, sacerdotes, limpiad con vuestro piadoso celo el borrón con que un ministro del santuario ha tizado nuestro venerable gremio; sí, vosotros, hermanos míos, debéis ayudarme a llorar el extravío de nuestro hermano y la ceguedad de los que ha engañado."

De modo que el arzobispado de Méjico con su rica renta de 130.000 pesos y el obispado de Michoacan con una de 100.000 se pusieron por completo del lado del Virrey combatiendo decididamente al buen cura Hidalgo.

El obispo Queipo no tardó en fulminar una nueva bula que apareció el 30 de Septiembre de 1810 en la que empleaba un lenguaje que estaba muy lejos de ser el de la caridad cristiana, y decía que los que prosiguiesen en la rebeldía quedaban destinados a las penas del infierno y que sus cuerpos serían privados de sepultura.

El obispo Campillo, de la ciudad de Puebla, mejicano de nacimiento, no dejó de hacer su parte en favor del régimen que se veía amenazado.

Reunió en la catedral a los clérigos de su diócesis, quienes en número de 289 firmaron una acta en la que deploraban las cosas que estaban ocurriendo y juraban defender al rey Fernando VII no apartándose jamás del gobierno establecido, y emplear la influencia de su ministerio, tanto en la iglesia como en las conversaciones particulares, para dirigir la opinión pública en contra de las ideas nacientes, y a la vez se comprometían a averiguar si en los pueblos donde residían había personas adictas a los rebeldes, para luego denunciarlas al gobierno.

En 1815 ocupó la silla episcopal de Puebla don Antonio Joaquín Pérez, y su primer acto fué dirigir una pastoral a todos los fieles de su diócesis elogiando a Fernando VII, tal vez por haberle proporcionado ese obispado con su renta de 110.000 pesos.

Más tarde, con motivo de la bula de Pío VII contra la independencia, escribió una nueva pastoral condenando a los insurgentes.

El historiador Zabala, cuenta que el obispo de Oajaca, don Antonio Bergoza y Jordán, levantó un regimiento compuesto de eclesiásticos, cuyo coronel era el mismo obispo, pero quienes poco deseados de recibir la palma del martirio, andaban siempre haciendo correrías, pero huyendo del enemigo, y cuando vieron las cosas mal paradas no vacilaron en descender de los caballos para tocar las campanas en honor de Morelos que entraba triunfante en la ciudad.

Tuvieron un imitador en el obispo Cabanas, de Guadalajara, quien organizó un batallón denominado de la cruzada, compuesto totalmente por individuos del clero regular y secular que llevaban como distintivo una cruz encarnada en el pecho. Cuando sonaba la campana mayor de la catedral se reunían, y se les veía

andar a caballo sable en mano y con su prelado haciendo las veces de general en jefe.

Este mismo obispo, lanzó un edicto haciendo extensiva a los habitantes de su diócesis que abrazaban la causa de la independencia las excomuniones fulminadas contra Hidalgo por el obispo de Michoacan y el arzobispo de Méjico.

El tribunal de la Inquisición de Méjico no quiso ser menos que los otros poderes eclesiásticos y también hizo su parte para demostrar a los fieles que la Iglesia veía con horror las aspiraciones de independencia que por todas partes demostraban los americanos.

Con fecha 5 de octubre de 1810 publicó un edicto, citando al cura Hidalgo a comparecer a una audiencia con el fin de responder a los cargos que se hacían en su contra. Entre las acusaciones que se le hacían figuraban las de haber hablado contra los papas y haber dicho que

uno de ellos que había sido canonizado no podía encontrarse sino en el infierno; que se había pronunciado contra el gobierno de la Iglesia; que negaba la perpetua virginidad de María; que adoptaba la doctrina de Lutero respecto a la eucaristía; y que combatía la confesión auricular. Si esto había hecho Hidalgo, no merece sino un aplauso, pues quedaría demostrado que se acercaba en mucho a la verdad cristiana y se alejaba de la superstición papista.

Por supuesto que Hidalgo no fué tan cándido como para presentarse a ser juzgado por los inquisidores; les contestó por escrito, manifestando no haberse apartado nunca de las doctrinas de la Iglesia Romana; pero nada de extraño habría en el hecho de que un hombre que tenía bastante energía para rebelarse contra la tiranía política hubiese sentido nobles aspiraciones de libertad religiosa, y también haya rechazado los dogmas espúreos que no tienen la sanción de Cristo, y que sólo se basan en las tradiciones del clericalismo.

El tribunal de la Inquisición no sólo condenaba a Hidalgo sino a todos los que se levantasen contra la monarquía o simplemente aprobasen el movimiento en favor de la independencia, imponiendo la excomunión mayor, quinientos pesos de multa, y todas las penas canónicas prescriptas contra los herejes. Y las mismas penas imponía a los que no denunciases a toda persona adicta a la revolución.

No sólo los obispos y la Inquisición se apresuraron a ponerse del lado de la monarquía sino que de todas partes llovían al Virrey manifestaciones de adhesión hechas por las congregaciones religiosas y por los curas de todo el país.

La Congregación de Eclesiásticos de San Pedro, le dirigió una nota el 5 de octubre de 1810 manifestándole que había acordado “unánime y regocijadamente, dedicarse con el mayor empeño en los confesonarios, en los púlpitos y en las conversaciones públicas y privadas a

inspirar y mantener en el pueblo fiel de esta capital, el horror a la diabólica empresa y proyectos de aquellos delincuentes faccionarios.”

El 13 de octubre de 1810 los frailes del Colegio Apostólico de Pachuca dirigieron un oficio al Virrey ofreciendo su concurso para detener el avance de la ola revolucionaria.

“El pensamiento es,—decían,—Exmo. señor, escoger entre esta corta comunidad que actualmente hay en esta casa, algunos religiosos prudentes, celosos y capaces de desempeñar con acierto una comisión tan delicada, y enviarlos de dos en dos, por distintos rumbos, a los pueblos comarcanos, para que hablando, primero privadamente a los sujetos principales de ellos, así americanos como europeos, les demuestren y persuadan el sumo interés que tienen en reunir y uniformar sus sentimientos, deponiendo las antiguas precauciones que sólo servían para la destrucción.”

El cura de San Angel, Dr. D. Agustín Iglesias, escribía al Virrey, el 16 de noviembre de 1810, poniendo a su disposición su persona y sus bienes para combatir la revolución.

Abundan los documentos de este tono, todos los cuales demuestran que la iglesia en Méjico empleó todos sus elementos para favorecer a los que dominaban el continente.

Una vez sofocado el movimiento revolucionario de 1810 el cura Hidalgo y otros clérigos patriotas fueron fusilados. Este acto era precedido de la degradación. El condenado era conducido al lugar del suplicio con traje sacerdotal, y allí otros sacerdotes que habían recibido del obispo la facultad de degradar, le quitaban la vestidura talar y le rapaban la cabeza para que no quedase ninguna señal de la tonsura. Mientras otros sacerdotes hacían oraciones contrarias a las de la ordenación. Luego lo entregaban a los ejecutores para ser pasados por las armas.

El obispo de Michoacan suprimió esta ceremonia cuando se trataba de clérigos patriotas alegando que la enormidad de sus crímenes hacía innecesaria esta degradación.

Después de la derrota y muerte de Hidalgo se levantó en el Sud otro sacerdote que encabezó el movimiento revolucionario.

Era éste don José María Morelos, hombre dotado de un carácter noble y de sentimientos elevados. La Iglesia condenó su obra, como lo había hecho con la de Hidalgo. A fines de 1814 Morelos fué hecho prisionero y conducido a Méjico, con gran aparato, porque muchos creían que con él terminaría el movimiento revolucionario.

En Méjico fué retenido en las cárceles de la Inquisición y sometido a un juicio eclesiástico debido a su carácter sacerdotal. Los inquisidores lo declararon "hereje formal, factor de herejía, perseguidor y perturbador de la jerarquía

eclesiástica, profanador de los santos sacramentos, traidor a Dios, al rey y al papa” y lo condenaron a reclusión perpetua en uno de los presidios de Africa, si alcanzaba el perdón de la vida cuando fuese juzgado por otros delitos.

Fué degradado de todas las insignias sacerdotales y entregado a la justicia ordinaria. El prisionero manifestó gran entereza de alma, absteniéndose de comprometer a sus compañeros en sus declaraciones. El congreso mejicano reunido en Tehuacan no pudo conseguir que fuese indultado, y el 22 de diciembre de 1815, fué conducido al pueblo de San Cristóbal, a seis leguas al norte de la capital, y allí fué fusilado por la espalda.

Queda demostrado a todas luces que la Iglesia de Roma fué contraria a la emancipación americana desde la Argentina y Chile por el Sur hasta Méjico por el Norte. ¡Que cese el clero de reclamar para su Iglesia un honor que nunca ha merecido!

UNIVERSITY OF CHICAGO



44 888 642

BX

I aretto

1426

Hostilidad del clero a la
independencia americana

v 3

688288

June 24
APR 1 '38

Don Sweet

Sweet, Sam

MAR 6 '38

JUN 4 '38

J. D. Whitman

E. Araya

FEB 24 '38

MAY 23 '38

3-18

INTERLIBRARY LEND

1- 3423

688288



UNIVERSITY OF CHICAGO



44 888 642